

Esta historia está inspirada en hechos reales. Los nombres de los protagonistas han sido cambiados para proteger sus identidades y evitar herir susceptibilidades. Algunos eventos han sido alterados para imprimirle un valor literario a la historia. Aunque esta historia está inspirada en hechos reales, no representan a ninguna persona en particular.

OJOS DE SERPIENTE

Prólogo.

Caminaba a casa aquella tarde, cuando algo tocó su rostro.

Giró su cabeza, atendiendo el llamado de quién sabe qué fuerza, y entonces vio el resplandeciente sol del atardecer colándose entre los edificios, bañándolo de un dorado amarillo.

Cualquier otro día, él se hubiera encandilado con aquella visión, pero algo le hizo parar y quedarse observando de frente ese fuego ancestral. Como si algo titilara entre sus neuronas, una vorágine de imágenes pasó por un instante en su cabeza.

Entonces cerró los ojos y frunció el ceño por un momento minúsculo.

Los autos zumbaban a su lado...

Los pasos y las sombras lo atravesaban sin que pudieran siquiera tocarlo...

El aire olía a humo y a vacío...

... Ella...

Volvió a fruncir el ceño del dolor en el alma.

¿Cómo demonios te metiste en esto?

Bajó lentamente la mirada, tratando de repasar sus pasos y las sensaciones de cada momento que lo había puesto en ese instante, en ese lugar. Luego, se encontró a sí mismo continuando su camino, casi por inercia, sin siquiera terminar de notarlo.



La luz abandonaba su sendero tan sutilmente, tan íntima, que incluso la oscuridad le dolía. Pero no era tristeza lo que le abrumaba. Más bien, era aquella búsqueda de la verdad que siempre le había definido, de una forma o de otra...

... Y que ahora le eludía como la más escurridiza de las alimañas, dejando sólo rastros de imágenes difuminadas entre el humo de su cigarrillo y el cansancio de sus pies.

¿Cómo rayos fue que pasó esto?

Por fin, sus voces le permitieron regresar en el tiempo y contarse a sí mismo su historia...

Hacia el Vacío.

La vida de Miguel transcurría como la de cualquier otra persona, llena de historias que contar que se olvidaban a cada segundo.

Entre sus idas y venidas, con sus minúsculas unicidades, se las arreglaba para ser un hombre normal en una ciudad típica. No le preocupaba encajar, o al menos no más allá de lo que su mente divergente le permitía, en los tiempos que le quedaban entre su universidad, su trabajo y la batalla constante en contra de lo que él solía llamar “sus voces”: Esos ecos disonantes provocados por una maraña de pensamientos erráticos en constante conflicto dentro de su cabeza, y que siempre se van tan rápido como llegaron.

Su día a día estaba lleno de costumbres: Salía de casa casi todos los días, ya sea a la universidad o al trabajo, hacía lo que debía hacer, luego regresaba caminando a casa para encontrar un poco de tranquilidad y descanso en lo único en lo cual podía moverse tan rápida y difusamente como lo hacían sus pensamientos.

Y aquella noche no fue la excepción. Se sentó a la computadora, verificó con sus cuadernos las tareas que le habían puesto horas antes, y comenzó a resolverlas mientras disfrutaba del juego de turno, al tiempo que la famosa red social le permitía hablar con sus amigos.

Y todo iba bien, casi todas las tareas habían terminado, el juego estaba entretenido en su momento, la conversación con Gaby estaba realmente agradable, había cenado y el sudor había desaparecido de su espalda...

“Sofía te ha enviado una solicitud de amistad”.

No le tomó mucho tiempo darse cuenta de quién era ella. Luego de un par de clics estaba ante una pequeña colección de fotos. En ellas había una mujer delgada, de altura promedio, piel blanca y cabello negro y brillante.

La mayor parte de las veces se le veía sonriendo, y en otras ocasiones se le veía con una expresión seria, fría, casi enigmática. Pero lo que a Miguel más le cautivó fueron sus ojos grandes y verdes.

¿Está... Mirándome?

Lo cierto es que Sofía le parecía realmente hermosa, y Miguel sabía de quién se trataba. Además, John había conversado sobre ella en la oficina hacía poco. Por lo que no le tomó mucho intuir el porqué de sus intentos por contactarlo.

Así que ahí estaba, con la imagen de una bella mujer frente a su pantalla y, aunque no solía tener mucho éxito en el arte del romance y no aspiraba a nada con ella, se encontraba obnubilado.

Debió preguntarle a John.

Debió comentárselo a Gabriela.

Debió consultarlo con su almohada.

Pero...

Debe querer conversar, supongo.

Nunca hubiera imaginado que, al presionar ese botón, desataría la cadena de eventos más infernal que jamás pudo imaginar.

Cascabel de Luces.

"Hola..."

Así fueron las letras que Sofía envió a Miguel para entablar conversación. Como de costumbre, su respuesta fue *"Hola. Gracias por agregarme... ¿Cómo estás?"*.

Desde ese momento hubo muchas palabras, y él las iba respondiendo a medida que continuaba sus tareas e infería que la noche se tornaba más agradable gracias a una conversación interesante.

Hablaron de todo un poco, divagando rápidamente y retomando los temas centrales de sus charlas incesantes. En medio de la oscuridad, bañada únicamente por la pantalla de su computadora y, tiempo después, de la pantalla de su teléfono, él se sentía cómodo con la fluidez de la autora de aquellos textos, al otro lado de Internet.

Lentamente Miguel fue haciéndose a una idea de cómo era Sofía: Una chica dulce, inteligente, amable y bondadosa, de notables convicciones y un corazón encantador.

Sincera...

... Hermosa...



De pronto, una frase comenzó a tornar la conversación en algo muy particular.

"Tenía miedo de que no me hablaras, como eres amigo de John..."

Él se quedó en silencio por algunos segundos frente a las teclas de su dispositivo. En parte, era de esperarse, después de todo era reciente su rompimiento, pero... ¿Por qué habría de no hablarle?

Miguel siempre fue una persona ingenua, casi al punto de volverse incauto. Quizá por eso no intuyó nada en lo absoluto. Fue entonces cuando aquel *dicho del gato* cobró su siguiente víctima.

"¿A qué te refieres?", preguntó, tal vez impulsado por aquel infatigable deseo de su alma, de siempre saber más.

Mientras tanto, al otro lado de la pantalla, Sofía contemplaba la pregunta que recién había salido en su ventana de conversación. Tal vez, simplemente era presa de un concepto de la vida inexorablemente

equivocado, cuya naturaleza estaba oculta a su percepción limitada y resquebrajada de la realidad. O, más probablemente, actuaba con plena conciencia de cada uno de sus pasos.

Pero lo cierto, era que ese segundo exacto marcaba el comienzo de un *sortilegio*, un ardid como pocos se verían en aquella desgastada, corrupta y ennegrecida ciudad.

Impensable.

Miguel llegó al punto de encuentro, un tanto preocupado por su desafortunada y desagradable tendencia a llegar tarde a todo lugar a donde va. Sin embargo, su reloj no mentía. Eran cinco para las ocho. Estaba a tiempo. Se sentó en las afueras de la estación de autobús satisfecho, tratando de recuperar el aliento. Mientras los minutos pasaban, recordaba el camino que lo había traído a ese lugar, y a ese momento.



Sofía y él habían conversado poco más de cuatro horas hace algunas noches. A él le gustaba platicar con ella, especialmente por la fluidez con la cual mantenían sus charlas, mientras pasaban de tema en tema de manera aparentemente esporádica y, siempre, muy divertida. Además, el estructurado y sensible pensamiento que ella expresaba respecto a las cosas del mundo y muchos de los eventos que le contaba, en los cuales se sentía identificado, hicieron que Miguel se encandilara mucho más con la belleza que percibía de ella.

Dicho esto en pocas palabras, Sofía comenzó a gustarle.

Así las cosas, y viendo que ambos se encontraban en la disposición de hacerlo, Miguel le propuso a Sofía una cita amistosa, a la que ella tardó pocos segundos en aceptar. El objetivo que él tenía era aparentemente simple, pero no dejaba de tener sus aristas, como solía pasar con las mentes que podían pensar de manera diferente al colectivo del mundo.

En esencia, Miguel quería conocer mucho más acerca de ella, *sacando los unos y los ceros* de en medio. Pero, en el proceso, estaba deseoso de comprobar la verdad detrás de tantas y tantas palabras escritas en la pantalla que sirvió para comunicarse con ella por un poco más de una semana...

... Pero, más que todo lo demás, deseaba responder una pregunta.

Pronto, sus cavilaciones se detuvieron al verla llegando al punto de encuentro, desde donde partirían a algún lugar agradable donde, al son de buena música y con un café dando sabor a la noche, podrían pasar una agradable conversación y, en el proceso, conocerse mejor.

Ella exhibía un atuendo impecable y acorde a la ocasión: Su piel blanca resaltaba tras de algunas prendas negras y marrones, resaltando su figura delgada de forma tan atractiva como sutil, al tiempo que exhibía una delicada combinación con su cabello negro y largo hasta más abajo del cuello, permitiendo todo el conjunto que sus ojos brillaran por sí solos. Perfectamente compatible con la camisa negra y el saco clásico que él llevaba puestos y que adornaban unos Jeans convencionales, que le daban un toque sutil de

informalidad y sofisticación. O, al menos, eso era lo que Miguel quería lograr al haberse vestido de tal manera en aquella ocasión.

Todo iba de acuerdo a lo planeado, y el lugar escogido, entre pasos que se perdían en el noctámbulo Sábado de la ciudad, no podía ser mejor para propiciar una agradable velada. Las luces tenues adornaban, al son de Louis Armstrong, Melody Gardot, Ella Fitzgerald, Nat “King” Cole, Norah Jones o Amy Winehouse, entre otros, icónicas y sumamente abstractas representaciones de la mitológica Macondo mientras, con un árbol sin ramas al lado y, acompañados por el aroma de un delicioso café, Sofía y Miguel conversaban sobre diferentes y entretenidos temas...

... Y, más temprano que tarde, él logró su cometido.

Aunque nunca imaginó que la respuesta a su pregunta sea algo tan... *excepcional*.

“John destruyó mi vida”. La constante en el discurso de Sofía sólo podía definirse como increíble, rayando con lo lunático. Miguel, simplemente, no podía creerlo.

Y no es que no tuviera claro que había personas que pudieran destruir otras vidas, pero...

... *¿John? ¡Eso es imposible!*

Entonces, ella le contó la historia de su relación. Al final, sus palabras finales completaron el retrato que quería mostrar, y lo tornaron en algo que se pasa de lo perturbador.



“Deseaba que me salvaras... Desde hace tanto tiempo...”

Caos.

Nadie hubiera imaginado que tan buenas intenciones sellarían el comienzo de tal pandemónium.

Miguel lo estaba viendo, a sólo un par de horas de haber bautizado las dos fotografías que colgó en su perfil, en la famosa red social, la conmoción estaba salida de todo contexto.

Las reacciones no se hicieron esperar. Una “carita feliz” de parte de Sofía encabezó, una hora después de su publicación, la lista de reacciones en la famosa “caja de comentarios”, propia de cada foto o publicación cualquiera que es colgada en aquel sitio. Luego opinó un primo de él, deseando lo mejor para la *nueva pareja*, a esa nueva opinión se sumó una tía y también José, con las mejores intenciones que tales imágenes les merecían, y algunas personas empezaban a colocar reacciones de extrañeza, cada uno a su manera.

En ese momento, Miguel aún no notaba que algo extraño sucedía en la cabeza de cuanto observador encontraba las fotos.

Después de algunos comentarios, Katherin, gran amiga y con quien Miguel hablaba frecuentemente, exclamó como sí, entre unos y ceros, se pudiese hacer llegar un grito al cielo mismo para que el mundo entero lo escuche: “¡PERO MIGUE, EN QUE ESTAS PENSANDO, HOMBRE, REACCIONA!”, mientras que Alma, amiga de Katherin, solo atinaba poner imágenes de dibujos asqueados en vez de comentarios, dejando clara su posición al respecto.

Ese fue el principio de la debacle.

Algunos amigos y unos cuantos metidos empezaron a opinar al respecto de las fotos. “No puedo creer esto”, decían algunos incautos que poca opinión podían brindar. Algunos se limitaban a opinar con calma y cautela frente a la cadena de eventos que estaban por desatarse, como su fiel amiga Aria, quien supo ser sabia y expresar: “Migue, si estás seguro de esto es lo que quieres, yo respeto tu decisión y te apoyo completamente”.

Pero esto no amainó la avalancha de comentarios de odio y asco que empezaron a ser mostrados en los minutos subsecuentes, provenientes de más de diez personas diferentes.

Otros, por su parte, ponían su cuota de controversia, cada quién a su manera. Como aquel amigo de Miguel a quien se le suele llamar “Hacker”, quien no tenía reparo alguno en hacer comentarios fuertes y cómicos en cualquier parte y por cualquier razón, dijo solemnemente “Bueno, hermano, a falta de mejor opción...”, o por ejemplo Sandra, con quien había departido en algunas ocasiones, dijo, entre pala bras soeces “MIGUE, CUIDE SU HÍGADO, QUIÉRASE UN POQUITO”.

Desde el primer comentario hasta éste último, habían pasado 20 minutos.

Aquel pobre hombre solo seguía viendo la pantalla de su computadora, impresionado a falta de alguna palabra que describiera mejor aquella sensación que se mezclaba entre sorpresa, horror, shock... y enojo. Y es que, en su ingenuidad, no comprendía la gravedad con la que todos a su alrededor veían la situación. Al fin y al cabo, sólo se había tomado dos fotografías.

“Pido que, por el respeto que a todos les he profesado en todo momento, mantengan el mismo respeto para conmigo, si es verdad que estoy cometiendo un grave error, como todos lo dicen, el tiempo sabrá decirlo. De momento, la dama salió conmigo y espero que puedan mantenerse al margen, si no son capaces de respetarlo”, escribió Miguel, tratando de tomar control de la locura que estaba viendo frente a sí.

Poco o nada pudo hacer un comentario como este. Las reacciones continuaron como una marejada en los diez minutos siguientes, ahora aderezadas por peticiones de algunos de sus amigos, en las cuales le rogaban que huyera de ahí, que se alejara de Sofía, que no tenía ni idea de lo que le iba a pasar.

Sin embargo, años de haber sido víctima de matoneo constante cobraron su cuota y *sus voces* le dijeron, erróneamente, que sólo lo estaban atacando porque se trataba de *él*.

Mientras el tiempo iba transcurriendo y él, horrorizado, veía el colapso sistemático de su pequeñísima fracción de la sociedad, una ventana de conversación se abrió en su pantalla. En esencia, pasó lo único en esa tarde de domingo que él sí vio venir.

- Migue, Hola.
- Hola, John. Esto sí lo esperaba...
- Hermano, no soy quién para decirle con quién andar ni qué hacer con su vida, pero déjeme pedirle que considere... *¿Tanta gente equivocada?*
- Pero no entiendo, John, alguien se toma dos fotos y es normal, pero si soy yo se vuelve inaceptable, y eso es molesto... *¿No cree?*
- Las cosas no son como usted las cree.
- Es que me enerva, sólo me tomé dos fotografías. ¡Dos Fotografías! ¡Y tienen que armar semejante bochinche por ello!
- Es que no me está entendiendo...
- Mire, hagamos algo... Déjeme tomar mis propias decisiones. Y ya veremos si acaso tanta gente está equivocada.
- Como quiera.

Era inevitable esta conversación. También la forma en que ambos actuaron frente a la misma.

Para John, Miguel estaba cometiendo un serio error. No tenía ni idea de la calamidad que estaba desatando sobre sí mismo y, como alguien que sí lo sabía, y se preocupaba por él, debía impedirlo... O, al menos, advertirle. Pero también sabía que, cuando a *Migue*, como lo llama la mayoría, algo se le mete en la cabeza, no hay forma de sacarlo hasta que él mismo lo haga.

Así que debía dejarlo sufrir, aun cuando le doliera permitirlo. Aún si le pedía ayuda.

Por su parte, para Miguel, John sabía algo que él no. Confiaba en él, además, pero luego de la traumatizante historia que Sofía le había contado, tenía que averiguar qué carajos era lo que estaba pasando allí... Antes de que su mundo terminara de colapsarse.

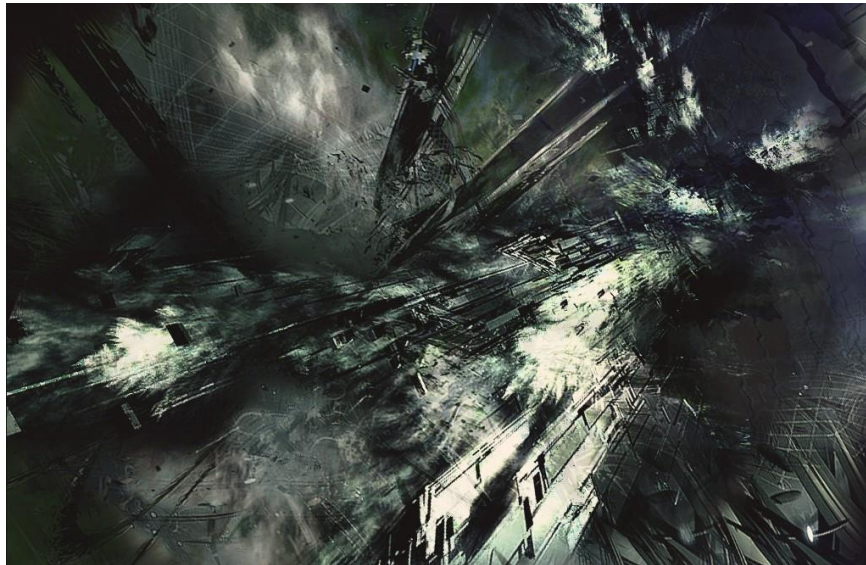
Por otro lado, no entendía cómo dos simples fotografías, tomadas en una noche agradable, pudieran causar tanto alboroto...

... En especial, si sólo eran amigos cuando la foto fue tomada.

Lo cierto, y por mucho, es que a Miguel le dolería. Y que pediría ayuda...

Jamás había acertado tanto en dar nombre a un par de fotografías. Pero nunca creyó que sería en ese sentido.

“Una noche mágica. Y una historia interesante”.



Mordedura.

“Quiero que todos los que están interesados en arruinar mi vida me dejen en paz en este proceso. Sé que les duele mucho ver que alguien sea feliz, pero lo seré de todas formas. He encontrado a un hombre maravilloso, y planeo comenzar una historia bonita con él. Así que, por favor, déjenos en paz. Cordialmente: *La novia de Miguel.*”

Muchas personas vieron este mensaje, colgado de manera pública en la famosa red social, tres días después de aquellas desastrosas fotos y sus consecuencias, que apenas empezaban a manifestarse. *Lo hizo para intentar calmar la tormenta*, pensaba Miguel tratando de justificar y darle un sentido de heroísmo a las acciones de la chica que le gustaba, máxime con esa terrible historia que le había contado, con la que le pidió que “la salvara”.

Además, ella se notaba feliz por haberlo hecho y, cuando él le preguntó el por qué, Sofía dio una respuesta implacable:

“*Yo soy una buena mujer*, y no permitiré que alguien más se meta en mi vida, y si quiero ser feliz y puedo serlo contigo, ¿Por qué no?”.

Miguel solo pudo sentir una profunda alegría al leer estas palabras en su pantalla. Después de todo, había alguien en el mundo que se fijaba en él, y eso le llenaba de una profunda sensación de paz. No se sentiría *solitario*, como ya estaba acostumbrado desde los tiempos de Gloria, a quien él considera ***la mujer de su vida***.

Ahora, los comentarios se habían reducido a muy pocos. Al momento de ver las reacciones tan nefastas a las dos imágenes que fueron semilla de tanta discordia, él había decidido tomar el asunto en sus propias manos. Conversó directamente con cada persona que expresó algún mensaje de odio, repulsión o discordia. En todas esas pláticas, la constante fue la misma: A cada persona que opinó, él le daba el máximo respeto posible, y pedía lo mismo en retribución.

Al fin y al cabo, dentro de su voluntad (o terquedad, dependiendo de cómo se vea), era decisión de él meterse, o no, con aquella mujer que tantos consideraban indeseable y, aunque él estaba empecinado en la tarea de averiguar por qué, lo que había visto en ella no le daba suficientes argumentos para considerar ni la mitad de aquello de lo que ella era acusada y, si ella era realmente lo que decían, sólo él pagaría por cualquier error que le llegara.

Pero consideraba que no era tan real ese concepto, solamente una percepción.

Lo cierto, sin lugar a dudas, es que debía amainar cualquier posible consecuencia de aquél mensaje, y mucho más si iba a entablar una relación formal con Sofía, al fin y al cabo aún tenía *asuntos pendientes* por finiquitar si quería hacerlo y ninguno de los involucrados en tales cuestiones debía tener malas consecuencias como producto de ello.

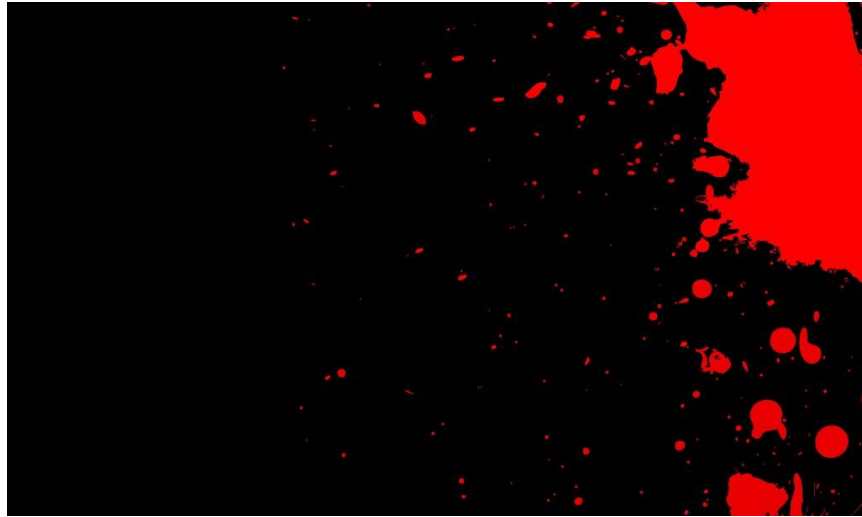
Así que, pronto, Miguel convenció a Sofía, a su manera, de su preocupación, y la publicación fue removida. Sin embargo, aquel mensaje fue visto por muchas personas, muchas más de las que Miguel se hubiera imaginado. Y pronto, Helena *lo sabía*.

Pasaron entonces dos noches más, y un bar que él solía frecuentar fue el escenario de una conversación entre dos *amantes* que habían sabido forjar una hermosa amistad y un entrañable cariño, fundamentados en la libertad, el entendimiento y el compañerismo, propios de dos personas razonablemente conscientes que compartían estudios y conocimientos en común.

Miguel le informó a Helena, como lo habían pactado en algún momento, que había conocido a cierta persona y que le gustaba. Antes de comentar siquiera los detalles, ella le interrumpió. “No me digas nada. ¿Quieres estar con ella?”

El hombre se tomó algo de aire para poder exclamar las dos letras que marcarían el final de su camino con ella.

“Si”.



“Miguel ha marcado que tienes una relación con él. ¿Aceptas?”

El mensaje estaba fijo en la pantalla de Sofía y su significado no podía ser más evidente. Habían pasado ya cuatro días desde que removieron el anuncio solemne que ella había plantado en su perfil.

Dirigió entonces el cursor a uno de los dos botones que acompañaban a ese mensaje.

Las consecuencias de la cadena de eventos desastrosos que comenzaron aquella noche harían una irreversible mella en toda una sociedad de amigos, y ni siquiera ella misma podría haber visto los alcances de tan funestos acontecimientos.

En la soledad de su habitación, entrecerró ligeramente los ojos y sonrió lentamente, porque *sabía* lo que venía después. Tomó un satisfecho respiro y, sin más preámbulos, dio clic.

Todo había comenzado.

Veneno (Parte 1).

“Mira, yo había tratado de tener algo con Eric, pero no funcionó y nos hicimos súper buenos amigos. Es como mi hermanito, ¿sabes? Entonces conocí a John por medio de Eric, que me lo presentó. Entonces comenzamos a charlar, así como contigo. Yo te había conocido desde antes, pero creí que no te interesaba, por eso decidí alejarme, ¿Entiendes?

Me hice su novia después de eso, porque él era muy especial. Me enamoré, y creí que por fin terminaría todo el daño que todo el mundo me ha hecho. No es justo tanto daño, *yo soy una buena mujer*, ¿Sabes? Te explico: Yo veía por los ojos de él. Donde él quería, yo estaba. Lo que él me pedía, yo lo hacía. Muchas veces arriesgué mi salud por estar con él cuando me necesitaba. Y ya, de por sí, mi salud es muy delicada. Así que podrás imaginarte lo peligroso que era para mí. Y no me importaba, porque lo amaba, y a él parece que tampoco.

En todo caso me enamoré, y cuando me enamoro lo hago por muchísimo tiempo, yo entrego el corazón, el alma y la vida. Pero John lo pateó y lo apuñaló.



Inclusive, recuerdo que en cierto momento estaban en una situación económica difícil, él y su familia, y llegó a mi casa una vez y me contó la situación y mi madre se compadeció de él porque le faltaban cosas en el trasteo, le regaló una olla nueva inclusive... Mi madre tan linda y mira que venirme a pagar *así*...

Lo peor es que la familia de él me odia. Yo que siempre fui querida con ellos, que era comedida, que hacía lo que me pedían y respetaba sus reglas...

Todo comenzó con su hermana. Es una vaga y buena para nada, igual que el noviecito con el que siempre anda. ¿Puedes creer que la chica es una prepotente, engreída y soberbia? Y cuando me trataba como basura, simplemente la miraba feo, desde ahí ella tenía odio hacia mi persona. Pero luego la familia entera me odió, y puso a John en mi contra.

No es justo. *Yo soy una buena mujer.*

Y Alma es la culpable. Ella y su amiguita Katherin.

Ella había sido novia de John antes de mí, y quería volver con él, tanto que destruyó mi relación. Le metió cucarachas en la cabeza. Eso lo sé. Además le metió cucarachas en la cabeza a su familia para que me odiaran.

Para ese tiempo yo ya estaba sintiendo que algo malo estaba pasando y no me sentía cómoda. Porque yo puedo sentir esas cosas, y más cuando me atacan tanto, ¿Sabes? Y entonces yo complacía a John sólo para evitar problemas. Es muy difícil complacer a todo el mundo.

Y entonces, estábamos caminando por una esquina, por donde voltea ese bus grande que cruza la ciudad, y se mete al parque... Y te vimos. Te vi. John se te acercó, Miguel, porque te quería hacer unas preguntas y conversaron. Y me miraste. Y yo estaba tan desesperada, y te miré y traté de pedirte con la mirada que me salvaras... Quería que me salvaras, porque estaba en el atolladero. Sigo ahí.

Hasta que, un día, John me sacó a pasear a un mirador que hay cerca de su casa. Ahí me preguntó si le había sido infiel alguna vez. Que él sabía que me había acostado con alguien y eso es mentira.

Yo me vi con un ex-novio hace un tiempo, y me robó un beso pero no pasó nada más. Lo juro. *Yo soy una buena mujer.*

Y confié en John. Se lo dije, pero me dijo que era mentira. Y que no me perdonaría jamás. Alma le metió cucarachas en la cabeza.

¿Y Katherin? ¡Está confabulada con Alma! Ella fue la de la idea de destruir mi imagen frente a la familia de John para que él. Ella cree que yo le quité el novio y es mentira. *Yo soy una buena mujer.* Yo salí dos veces con él, sólo dos veces, y él siempre me dijo que era SOLTERO. Así que andaba en terreno seguro, pero no era así, así que él fue quien mintió. No yo.

Y entonces esas dos andan confabuladas porque cuando uno trata de ser libre y de vivir tranquilo siempre hay unas desgraciadas que se las arreglan para hacer que todo el mundo te odie y te traten como a una "perra". Ella no podía soportar que yo si tuviera carácter y que *yo si fuera una buena mujer*, y por eso decidió destruir mi reputación y destruir mi vida.

Y destruyó mi vida.

Y ahora me encuentro sola, y de pronto apareciste en mi vida.

Deseaba que me salvaras esa noche, pero no pudiste verme.

Deseaba que me salvaras... Desde hace tanto tiempo...

Aún lo deseo, aún lo necesito.

Por favor..."



Miguel no pudo dormir en toda esa noche.

La caída.

De pronto, todo se fue al mismísimo infierno.

Miguel a duras penas trataba de comprender cómo pasaba cada cosa en su momento, pero era tan rápido, como una vorágine de eventos casi aleatorios, que no alcanzaban a tener suficiente sentido para que él pudiera establecer algún patrón.

Comenzó un fatídico sábado, tres semanas después de aquellas ominosas fotografías. Natalia, una chica de una tierra lejana a quien Miguel conoció por medios poco convencionales, pero a quien le guardaba una gran amistad y respeto, lo contactó por la famosa red social, pese a no tenerse como contactos en ella.

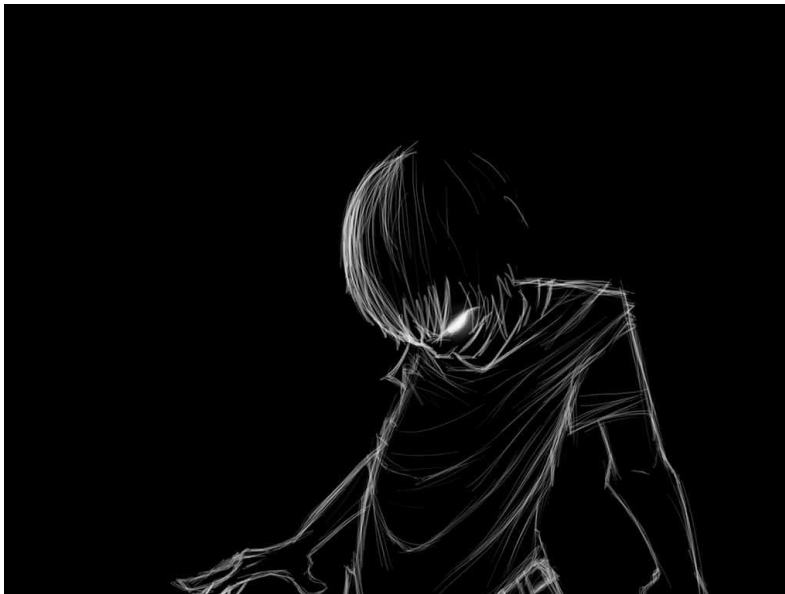
- Hola, Miguel. Soy *Nata*.
- Ah, hola, vieja amiga. Gusto en saludarte. ¿Qué te trae por aquí?
- He hablado con personas cuya opinión respeto y he decidido darte la opción de que expliques tus acciones.
- No sabía que mis acciones requirieran explicación. Pero, dime, ¿Qué sucede?
- Dime qué pasó con las fotos estas, y por qué te has metido con Sofía.
- Ay, bendito... Aquí vamos...
- Dime, tú sabes que no me gusta ir con rodeos.
- Bueno, te lo pondré de esta manera: Alguien sale con una persona una noche y no hay ningún problema. ¡Pero si ese alguien resulto ser yo, todo el mundo manda un grito al cielo!
- No, espera... No entiendes.
- ¿Pero qué se supone que no deba entender? Si no he hecho nada malo y tenía entendido que tengo derecho a salir con quien quiera, ¿por qué?
- No se trata de ti, con quién salgas es tu problema.
- ¡Pero no lo parece!
- ¡El problema es que es ella! Es que es ¡Precisamente ELLA!
- ¿Pero qué tiene de malo ella?
- Si no la dejas, todos los que te quieren te abandonarán. Y también yo.
- Pero no entiendo...
- Sofía es una *perra*. Y no importan tus buenas intenciones, eso no cambiará jamás.

La conversación paró bruscamente ahí. Miguel intentó hablar con ella varias veces, durante y después de eso. Pero, como él lo sabía, Natalia era una mujer de palabra, tal vez más radical que cualquier otra persona que hubiera conocido en otro momento.

Pero lo que más le sorprendió, fue lo que ocurrió después.

- Miguel.
- John, ¿Cómo vamos?
- Yo sé que usted puede ser imprudente, obtuso en muchos casos, pero ¿Esto?
- ¿Ah?
- No lo puedo perdonar por esto.
- ¿Qué?
- ¿Dos novias? ¿Y creyó en serio que no nos íbamos a dar cuenta?
- ¡¿Cómo?! ¡OLVÍDESE DE MI AMISTAD, MIGUEL!
- Pero, ¿De qué me está hablando?
-
- John...
-

Antes de que tan siquiera pudiera tratar de interpretar lo que ocurría, la cuenta que poseía en la famosa red social empezó a ver desaparecidos a muchos de sus amigos más cercanos.



Al fin pudo acicalarse, como hacía cada mañana antes de abordar su transporte e irse a trabajar, como todas las semanas. En el trayecto a su sitio de labores, intentó desesperadamente comprender algo de lo que ese día le estaba manifestando.

Pero no pudo. La confusión y el enojo no le permitieron pensar con claridad.

Su trabajo involucraba el uso constante de una computadora, por lo que pudo conectarse nuevamente a la red social, para tratar de encontrar un ápice de sentido entre la sarta de locuras que habían ocurrido en esas pocas horas.

Gabriela no estaba. Ya lo había abandonado tres días antes. Ella fue solamente *la primera*.

José no estaba. Estaba lejos y no se sabía si aparecería a tiempo, antes de que su cabeza divergente explotara a costa de conjeturas acumuladas.

En esencia, Miguel se encontraba por su cuenta.

Pero la tarde frente a su computadora, en su sitio de trabajo, apenas empezaba a darle horrores. Trató de hablar con Alma, pero su impactante respuesta, antes del inmediato abandono con el cual se unía a todos los demás, lo llenó de perplejidad.

“Tú le hablas a esa maldita mujer, y además *la cagaste con todos nosotros*, así que no volveré a hablarte.”

¿Qué? ¡¿QUE?!

Sus voces gritaban y gemían cosas inenarrables, incluso incoherentes. El enojo se convirtió en ira, y lo superó por completo en ese momento. Pero, aunque podía y tenía razones para hacerlo, no le reclamó nada a nadie. No por orgullo, sino por un delicado entretejido de traumas que habitaban en su cabeza.

Si algo digo, el “bullying” será incontenible. Mejor callo.

Aria, su mejor amiga, su sabia consejera, también fue objeto de sus preguntas al respecto. Mientras las personas seguían desapareciendo de su perfil y de su vida, la respuesta de ella fue tan razonable y prudente como sensata. “No voy a opinar ni a favor ni en contra por aquí. Tenemos que hablar, y es mejor en persona, pero recuerda siempre que, si esta es la decisión de tu corazón, tienes mi apoyo”.

Fue una de sólo seis personas que no abandonaron a Miguel.

Eso quedó en aquella tarde funesta de sábado, entre índices acusadores, abandonos abruptos y rostros sombríos a quienes no les importaba el destino de un *freak* más en este mundo sombrío...

Seis. Los que Miguel más quería. Los mejores.

Y una pregunta macabra que lo perseguiría por más tiempo del que podría soportar.

Y ella.

Sofía.

El Fondo del Abismo.

“No puedo creer que me hayas hecho esto. Después de todo, resultaste ser como mi ex-novio, así como me prometiste que nunca serías. ¿Creíste que no me daría cuenta? ¡Cometí el peor error de mi vida al haberme metido contigo!” Estas fueron las últimas palabras que Miguel sabría de Helena. Ya no se sorprendía. Seguía sin saber *qué rayos es lo que estaba pasando*, pero tantos lo habían abandonado en medio de este pandemónium que se había tomado la libertad de tomarlo con calma.

Era lo mejor, por su salud y el futuro de su actual situación. Además, *aún le quedaba ella, y no lo iba a abandonar.*

Mientras toda esa secuencia de caóticas y descabelladas situaciones tomaba lugar, Sofía y Miguel ya habían comenzado aquella tan sonada relación que todos temían.

Las veces que salieron en público, como *novios*, fueron siempre al bar que siempre Miguel frecuentaba. Ella decía que era *como su casa*. Que siempre iba ahí y que no iba a ningún otro lugar. “Es que no quiero encontrarme con esas dos mujeres y yo sé que ellas no vienen aquí cuando yo estoy”, decía airoso. Ahí, la rutina de ambos era la misma: Miguel la esperaba en la estación del autobús, Sofía llegaba tarde y, una vez allí, iban al bar. Ingresaban y se sentaban en la misma mesa luego de cruzar un par de charlas. Tomaba ella un café, tomaba él una bebida fermentada, conversaban un poco más y...

... comenzaba...

Súbitamente Sofía cambiaba su humor. No siempre se daba este fenómeno, pero sí ocurría las veces suficientes para que pudiere considerarse una costumbre en ella. Se molestaba de manera intempestiva ante alguna palabra esporádica de Miguel. Sus respuestas eran fuertes y, hasta cierto punto, agresivas. Pero nunca a nivel físico.

Sin embargo, había una constante en su modo de actuar en estas situaciones: El ataque se daba a nivel psicológico, con palabras. Todo se remitía a un *juicio*.

“¡Tú estás mal, y yo no! Me he analizado, juzgado y criticado a mí misma desde hace años. ¡No seas arrogante y soberbio! Las cosas no son como tú las dices, ¡Y yo tengo la razón! ¡No te quejes cuando alguien te dice las cosas de frente, no seas como John y tus *perras* amigas, *yo soy una buena mujer!*”, podría ser un buen resumen de sus discursos en aquellos momentos.

Sin embargo, el fenómeno no acababa ahí. Repentinamente, sus estados cambiaban de nuevo y ahora se mostraba triste y abatida. Recordaba a John, y aseguraba extrañarlo con una fidelidad casi religiosa. “Perdóname, pero *aún lo amo* y me tomará mucho tiempo dejar de hacerlo, porque *¡tengo mucho amor que dar!* Y es un buen hombre, pero me hizo demasiado daño. Y ***debe pagar por esto***. ¿Cierto que va a pagar? ¿Tú me vas a ayudar?”

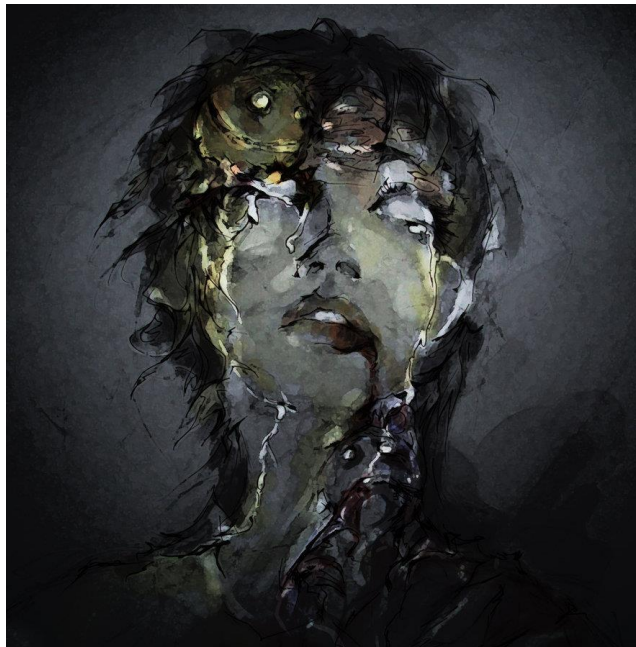
La respuesta de él ante esto era la más sensata que la sorpresa le podía ofrecer. *Escuchar, comprender, callar.*

Si su novio no puede hacer eso, no tengo por qué estar aquí. Y deseo hacerlo, así que: Escuchar, Comprender, Callar. Tal vez opinar, pero sólo cuando no esté tan alterada.

Sin embargo, siempre quedaba la duda, y el miedo de despertar de nuevo esa ira que no quería que ella tuviera. No sabía cómo enfrentar ese tipo de cosas. Simplemente, no lo sabía.

Paradójicamente, la persona que más le pudo ayudar era Gabriela, pero... No estaba.

Fue la primera en irse.



Y así pasaban sus noches y sus salidas, entre opiniones sobre las personas alrededor, hablar con Sofía sobre John y sobre su *vida tormentosa*, recopilando información, detalles que dieron a entender que la historia que le había contado antes de comenzar su noviazgo estaba lejos de ser tan *agradable* como ella la contó al principio y que ahora, con mucha más confianza en su interlocutor amante, se daba rienda suelta para contar todo lo que tenía guardado dentro de sí.

Está realmente perturbada. Necesita ayuda.

¡La ayudaré!

Miguel, que frecuentaba el mismo bar al que asistía con ella, casi por necesidad, todos los fines de semana, no cayó en cuenta de recordar las veces en que sí se veía a Alma y Katherin entrando al bar, por otro lado la coartada era válida: “... *no vienen aquí cuando yo estoy*”...

Tampoco recordaba haberla visto en ninguna de sus visitas a aquel establecimiento, pero habría de notar esos y muchos otros detalles sólo hasta mucho tiempo después.

Por otro lado, acostumbrado él desde hace tiempo a un estilo muy maduro de relación de pareja, llevó a Sofía a dormir con él un par de veces.

De los tiempos con Gloria le quedó la inmensa relajación y la profundísima paz que le produce quedarse abrazado a la pareja de turno, en la cama, durmiendo. El sexo, aunque bien recibido, no era realmente importante y, generalmente, él lo pone en un segundo plano. Prefiere la ternura, el cariño y la experiencia de compartir tu aliento y su sueño con aquella persona con quien está. **Simplemente dormir, abrazados.**

Pero Sofía no fue ese caso, y no solamente por no haberse dejado abrazar.

La noche comenzaba con ella, en cama, con él al lado, conversando un poco. Había un par de chistes de ambas partes que eran agradables y la velada se tornaba divertida, incluso tranquila, pero súbitamente el recuerdo de John entraba nuevamente en su cabeza y, como en el bar, su estado de ánimo cambiaba súbitamente. Comenzaba a llorar, casi al punto de la desesperación.

Luego, comenzaba la conversación al respecto, con él tratando de que se calmara, callando lo que sentía al respecto. *Ella es la que importa ahora. Luego tendré tiempo de molestarme.* La frase que acompañaba el llanto era casi constante: “¿Cierto que él va a pagar todo el daño que me hizo?”.

La respuesta a tal pregunta era siempre condescendiente. Para que se calmara, para que dejara de llorar y, especialmente, para *tratar* de cerrar el tema y volver a sus asuntos: *Simplemente dormir, abrazados.*

Pero, entre las charlas, los movimientos, y una que otra noche de *intento de sexo*, como él lo podría definir de manera muy pragmática, *ni se abrazaban, ni podía dormir.* Ni el, **ni el resto de su familia**, gracias a las risas estridentes y discusiones que se formaban y disolvían de forma intempestiva y esporádica en su habitación, en cada noche en que intentó Miguel cumplir con uno de los pocos placeres que, en pareja, reservaba para él.

Y ¡Ay de él si se quedaba dormido por su cuenta! No sólo ella lo despertaba de nuevo, sino que se enfurecía por *dejarla sola durmiendo de forma tan desconsiderada.*

En esencia, no fueron noches tranquilas. Y eso aumentó su ira. Aunque, en parte, creía tener motivos para ello.

En medio de cuadernos, clases, algoritmos y fórmulas, no dejaba de pensar en ella, en el *daño* que tantas personas le habían hecho, en quiénes lo habían abandonado sólo por *tratar de ser feliz* y en cómo sentía, de alguna manera, que se encontraba tan solo como, cuando era niño, huía incluso de su propia familia para evitar las burlas, los miramientos, los juicios y a todo aquel que quisiera *hacerle daño.*

Se identificaba, y conocía el sufrimiento por el que él había pasado. *Por el que ella está pasando.* Además, las respuestas de Sofía ante las personas implicadas le daban menos calma. “Ellas quieren destruir mi vida, porque no soportan que *yo sea una buena mujer*, yo he tenido novios al igual que ellas pero ahora ¡YO SOY LA PERRA Y ELLAS NO! Y no pueden vivir tranquilas, me acechan en la red social, me acosan, opinan de todo lo que hago y todo lo que digo, y yo no digo ni hago nada en contra de ellas. Debería demandarlas, ¿Sabes? Pero yo soy mejor que eso, y mejor que ellas, *yo soy una buena mujer.* Corrompieron a John, ‘se le metieron por los ojos’ a la familia de él, y por eso él me dejó y me humilló y me destruyó en ese mirador. El, Ellas, Ellos deben pagar. ¿Cierto que van a pagar pronto?”.

Pero lo más importante es que él no entendía, no sabía qué era lo que lo estaba dejando en esta condición, y eso le molesta. Le enfurece...



Pasó una semana de relación, con todos los altos y bajos que ya habían diezmado, además de la tranquilidad y la calma de Miguel, su tiempo de sueño y su concentración.

Y, de pronto, alguien apareció para enmarañar más las cosas.

Lo abordó mientras caminaba de un salón a otro en medio de la universidad y, sin detenerse, comenzaron a conversar. Pronto, la plática se convirtió en un monólogo de su parte.

Samuel siempre ha sido, para Miguel, un hombre sabio, sensato y prudente que, en medio de la calma y el elevado conocimiento de alguien con un coeficiente intelectual elevado y una postura neutral frente a casi todo a su alrededor, sabía tener una posición adecuada para todo tipo de situaciones que se presentaban, o de las cuales era testigo.

Pero, esta vez, debía involucrar sus emociones y su percepción de las cosas.

Helena es su mejor amiga.

“Mire, Miguel, yo he querido ser lo más prudente que he podido en lo que ha pasado, pero los chismes ya han llegado a la universidad y muchas personas han querido contarme muchas cosas al respecto. La mayoría me ha contado lo mismo, pero he querido conversar primero con usted, ya que ha sido durante años razonablemente sensato. Pero ya no puedo callarme y le pido que me deje hablar y no me interrumpa... Usted *la cagó con todos nosotros* y lo que le hizo a Helena no tiene precedente alguno. Sólo puedo pensar que usted, en efecto, ha corregido muchas de las malas acciones de su vida... Y ahora comete maldades mucho más perfeccionadas. No puedo creer que haya depositado mi fe en usted, y que le haya ayudado con Helena. Metí las manos al fuego por usted y mire lo que hizo. Así que le he detenido para darle una oportunidad de explicar sus acciones, porque tiene que haber una razón para que usted, **teniendo novia, se haya conseguido otra novia** y crea que puede salirse con la suya así nada más. Y más si se trata de esta chica, Sofía, de quien me hablan tanto y tan mal. ¡Así que, por favor, explíquese!”

No podía ser más válido el discurso de Samuel. Pero el momento era equivocado, el tiempo era reducido. Había que ir a clase y eso no podía pasarse por alto. Además, Miguel notó rápidamente que su interlocutor y reclamante no estaba calmado, como siempre. Por lo tanto, no tenía forma de explicar bien a su amigo lo que había pasado sin que lo tomara de la forma tan objetiva que él solía admirar de aquel pelirrojo y delgado compañero de aventuras y buenas conversaciones. Además, Miguel también se encontraba molesto, más allá de lo ordinario, con todo aquello como para dar una respuesta clara.

Por otro lado, *su respuesta tampoco era clara.*

Entonces, tomó la decisión más sensata que sus voces pudieron sugerirle.

“Samuel, mi amigo, le agradezco que esté hablando conmigo así, *es la primera persona en hacerlo* después de que se generó todo este incidente y se lo agradezco de todo corazón. Pero es que me ha tomado en mal momento y tengo que ir a clase. Entonces, compañero, le pido que me dé tiempo y hablemos del asunto este fin de semana, que tengo más tiempo para sentarnos a conversar al respecto y responder todas sus preguntas y aclararle todo lo que pueda. ¿Le parece?”

El acuerdo se hizo y se despidieron cordialmente.

Pero ese fin de semana nunca llegó, y esa fue la última conversación que ese buen par de amigos de nombre e historia compartidos tendrían.

Pasaron dos días, Miguel y Sofía se vieron uno de ellos, y hablaron ambos. Y ese domingo, otro golpe llegó para él, y se lo dieron de nuevo en su desolado corazón.

“Migue, he estado en un proceso de sanear mi ambiente y el de todos a mi alrededor. La verdad, no quería hacer esto, pero ya no tengo más opción y no quiero tener a esa *perra* en mi vida, ni siquiera a metros de ella, ni siquiera a kilómetros de ella. Así que, ya que estás con esa mujer, he decidido dejar de ser tu amiga. Tal vez podamos conversar al respecto en el futuro, pero esa posibilidad me es remota ahora, y máxime si sigues con Sofía cuando ese momento se dé, porque nunca se dará entonces. Deseo de todo corazón que seas muy feliz en tu vida y que, tal vez, puedas abrir los ojos. *Hasta nunca, Miguel*”.

Fue la última vez que él sabría de Katherin, y sólo fue a través de la red social.

Apagó su ordenador.

Se quitó la ropa de calle.

Se acostó en su cama.

Siempre en silencio.

Una lágrima tocó su mejilla, y luego la almohada, para que fuera invadida posteriormente por sus dientes, en un intento desesperado de opacar un grito desaforado.

Miguel no lloraba casi nunca. No lo consideraba correcto, porque siempre pensó que *a nadie le importan sus lágrimas*. Siempre dejaba esos espantosos momentos para su soledad y para una única emoción, que siempre actuó como el detonador para que sus voces y él se sincronizaran en un desborde de lágrimas.

Pero ahora la sensación es diferente. Quería explotar, golpear al culpable, gritarle todo tipo de inenarrables obscenidades a la cara. Pero, *¿Cuál cara? ¡Ya no hay nadie, ni siquiera con quién desahogarme!*

Entonces, con los ojos encharcados y música clásica de fondo, en la oscuridad, lo único que le escuchó fue el osito de felpa con el que había dormido casi todas las noches desde hace treinta y dos años. Su llanto, lejos de ser un par de lágrimas escurridizas como siempre, fue un agónico torrente que humedeció por completo a su almohada.

La figura de peluche, silenciosa, volvía a ser guardiana de la desesperación de un Miguel que no supo cómo seguir soportando más.

Pensó en cada una de las personas que se fue, en cada una de las que se quedó, en cada una de las que siguieron sus vidas mientras su mente divergente, como si se tratara de arena, se disolviera en el mar del vacío. Pensó en Helena, en John, en Natalia, en Alma, en Erik, en Aria, en Katherin, en tantos y tantos... En Gabriela...

Y sus voces, como en un coro de réquiem, entablaron junto con él la misma pregunta que estrujaba su alma y quebrantaban su inquebrantable voluntad.

***¿Pero qué, QUÉ LES HICE?!
¿POR QUÉ?!***



De pronto, el teléfono despertó a Miguel. Era mucho más temprano de lo que necesitaba para levantarse de la cama, pero su trabajo le exigía al menos mirar de quién se trataba. Tambaleando, deslizó sus pies hacia el armario donde, conectado aún al cargador desde la noche anterior, se encontraba la fuente del timbre que le avisaba que alguien estaba llamándole.

Sus ojos aún le dolían, presas de la dura jornada de llanto de la noche anterior. Su visión aún era borrosa por la misma razón. Evitando tumbar algo por accidente, tomó con lentitud el teléfono y, tratando de afinar la mirada, vio el número en pantalla y su identificación.

Entrecerró un poco los ojos, y sonrió lentamente.

La voz de su conciencia había regresado. Y justo a tiempo.

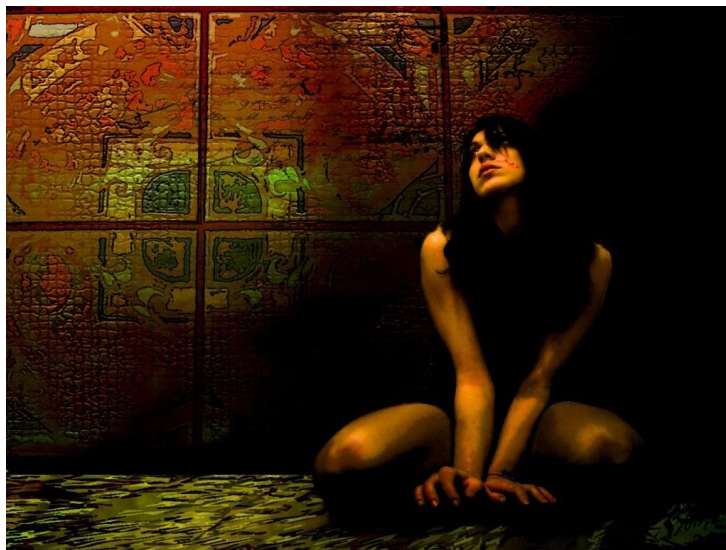
Veneno (Parte 2).

“¿Sabías que a mí me trataron de secuestrar? Hubo una vez alguien con quien intenté salir, pero vivía en otra ciudad. Pero quería estar con él, no me importaba la distancia ni el dinero que valiera, yo soy así, desinteresada... Y así fue, de querida me fui para esa ciudad, y allá todo cambio. Él era un amor, le gustaba la música ‘metal’ así como a mí, la pasábamos bien juntos, pero de pronto se puso como loco, y me golpeó inclusive, ¿Puedes creerlo? Yo, que *soy una buena mujer*, ¡y venir a pegarme! Y además me escondió la ropa y el dinero, me encerró en su habitación y se me llevó el celular, me dejó incomunicada y puso a su abuelita a vigilarme, y esa señora parecía bruja porque era toda malvada conmigo, ¡Y no me dejó salir! ¡Tuve que escapar por la ventana en un descuido para quitármelo de encima y tuve que pedir dinero en la calle como dos horas para poder regresar a casa, sin ropa, sin papeles, sin celular, sin nada! Y el tipo aun así me perseguía por todo el pueblo y como muchos lo conocían nadie me ayudó, hasta que un policía todo querido me ayudó por fin y pude regresar a casa. Pero nunca permití que se me acercara nuevamente ese tipo y allá se quedó mi ropa y mi celular...

Y eso no es nada, me trataron de violar. DE VIOLAR, ¿Miguel, puedes creerlo? Un ex-novio quiso que yo me acostara con él. Pero yo tenía el periodo y no podía, y al degenerado no le importó. Así que trató de violarme. Yo le di un rodillazo en los testículos apenas pude y salí como alma (No, no esa Alma) que llevaba el diablo de ahí. Nunca más lo volví a ver, y mejor porque casi lo demando. Yo creo que demandar es la mejor opción cuando alguien trata de destruirte.

No es justo, si *yo soy una buena mujer* ¿por qué estas cosas me pasan a mí?

Y lo peor es que estoy enferma, ¿Sabías?



Con esa vez que casi me violaron yo me tome dos píldoras del día después porque me asusté mucho con eso, como no usaron condones, entonces me asusté mucho y me tomé esas dos pastillas... Y entonces sangré mucho, y yo que soy bien delgada sangrando demasiado, ¿Puedes imaginártelo? Entonces me dio anemia. Y además tengo úlcera gástrica desde antes de la anemia, por eso no puedo comer en grandes cantidades.

Por eso me mareo tanto cuando estamos juntos tú y yo.

Y luego viene esto, lo de John con sus desplantes y sus intentos de ‘pordebajearme’ y tú que no dejas a tus ‘amiguitas’ para que tengan la oportunidad de acabar conmigo, yo no sé, la verdad, para qué sigo viviendo.

Pero no voy a rendirme, ¿O.K.? *Yo soy una buena mujer* y no me voy a dejar destruir de estas tipas. Además tengo que cuidarme mucho para que esta anemia no se me vuelva leucemia, porque los médicos ya me dijeron que se está convirtiendo en leucemia, ¿Sabías? ¡Es que el mundo definitivamente no me quiere!

Además, a esas tipas les espera algo muy feo. Porque voy a demandarlas. Por calumnia y difamación porque estoy cansada de que le lleven chismes a mi familia, a mi sitio de prácticas laborales, a mi círculo, a mi academia... Voy a hacer que paguen. ¿Cierto que ellas van a pagar?

¿Sabes? Has sido muy bueno conmigo. Y yo reacciono mucho ante eso.

Me has demostrado que eres un hombre de verdad. Y me has brindado el cariño y la protección que ni siquiera John me brindó. Y yo con eso reacciono muchísimo porque siempre me hace demasiada falta que alguien así me quiera.

Así que debes tener cuidado, porque cuando me enamoro, me enamoro de verdad y no es fácil que me desenamore después.

Y yo soy una buena mujer, y ya estoy sintiendo cosas muy lindas por mí.

¿Tú me quieres?"

Miguel no sabía qué pensar siquiera, excepto que a Sofía le había ido demasiado mal en la vida.

Sin embargo...

Sala de Emergencias.

Desde niños, Miguel y José han conservado y construido una amistad entrañable y, por mucho, casi irrompible.

Se han acompañado en las buenas y en las malas. Mientras José vio en Miguel a una buena persona, capaz de grandes cosas y con quien siempre encuentra motivo de diversión y buenos consejos, con un pensamiento y una sensibilidad que han trascendido el paso del tiempo, Miguel vio en José a un verdadero sabio, un amigo invaluable que sólo podría darse una vez cada generación, y en ésta él cuenta con la fortuna de haberlo conocido y conservarlo entre los mejores.

En esencia, son los mejores amigos. Y ambos han deseado que así sea siempre.

Lo curioso es que siempre aparecen cuando el otro menos lo espera, pero más lo necesita. Cuando José está en problemas, Miguel aparece de sorpresa, ya sea para un arreglo con su computadora, para buscar una charla agradable o para, simplemente, escucharlo mientras se desahoga después de muchos problemas. Concordantemente, José aparece *de la nada* en el momento en que Miguel más solo se encuentra, con las palabras más sabias que siempre ha podido escuchar.

Se podría decir que José es la voz de la conciencia de Miguel.

Y apareció justo a tiempo.

Solamente el teléfono timbrando fue suficiente para sacar una sonrisa después de dos meses de pesadilla. Como gotas de bálsamo en el corazón.

Esa tarde de lunes se encontraron en la universidad a la que asistía Miguel, tal como acordaron. Luego del, casi ceremonial, abrazo de bienvenida junto con la muy merecida invitación a un café por parte de Miguel, la necesaria y revitalizante conversación comenzó.

Miguel le contó todo, casi entre lágrimas. No tenía sentido llorar, porque Ambos saben que, con o sin lágrimas de por medio, la información llegará a su destinatario final de la misma manera.

Cada parte de la historia tuvo el “toque de Miguel”, como José lo solicitaba. A su vez, llevaba su cuota de segundos de silencio para pensar por parte del buen amigo que, como psicólogo que se respeta, se toma sus momentos para analizar y llegar a conclusiones objetivas.

Sin embargo, a veces, interrumpía muy a su pesar, dado que sabía que el pobre Miguel, llevado por el stress y la ira puede llegar a conclusiones extrañas y, algunas veces, equivocadas.

Tal fue el caso del momento cuando le preguntó John, “¿*Tanta gente equivocada?*” a lo que el mismo Miguel respondía “SI, ¡SI! Y, de pronto, la tierra dejó de ser plana, y el sol dejó de girar alrededor del mundo”. Entonces, interrumpió el buen doctor, y con cautela preguntó: “¿O sea que Hitler no mandó matar toda esa cantidad de personas únicamente porque no podemos estar ahí para saberlo? ¿O Mussolini no cometió los actos de depravación que cometió sólo porque no lo vimos o porque no nos los hizo a nosotros? Recuerda, mi hermano, usar argumentos científicos es correcto, pero las ciencias sociales dependen de la sociedad”.

Silencio fue la respuesta de Miguel, como era usual a su vez.

La conversación siguió y el café se convirtió en tres cafés, una gaseosa y un buen almuerzo en un restaurante cercano.

En manos de su mejor amigo, un cansado Miguel se logró quitar una gran carga de encima, con una conversación como en antaño entre ambos. Lo más importante, como siempre para el protagonista de este turbio novelón, fue el momento de escuchar las respuestas.

Especialmente porque no eran consejos. José no hace esas cosas tan banales.

“Bueno, yo te he escuchado, y la historia que me cuentas da para llorar, desde tu punto de vista, es verdad. Sin embargo, tengo algunos puntos de inflexión que creo que debemos considerar. Lo primero que debo hacer es repetirte lo de hace un rato. Las ciencias sociales se basan en las personas, en la sociedad misma, tú lo has de saber, tienes espíritu de ciencia, ¿Verdad? Entonces, sí, es cierto, el saber que muchas veces el mundo se ha equivocado da para investigar a fondo algo de lo que se sospecha, pero cuando se trata de ciencias sociales, y soy Maestro en Ciencias Sociales, es demasiado cierto eso de que ‘Cuando el río suena se ahogó un músico’, generalmente la gente alrededor de una persona tiene las versiones de lo sucedido con ella, y cuando son demasiadas personas las que opinan lo mismo, la pregunta es, ¿Cuál fue el músico que se ahogó? Pero yo sé que eso sólo te incita a investigar más, y eso es lo que quiero, pero quiero que te enfoques. Por cierto, recuerda que si alguien no está en posición de juzgarte sobre con quién sales, entras, te acuestas o te levantas, soy yo, y te apoyo siempre, tú lo sabes, así que quiero que partamos de esa prerrogativa para entender que quiero que te cuestiones a ti mismo, antes de cuestionar a quienes te han abandonado. Sé que no fue bueno que lo hicieran, sus razones tuvieron y las analizaremos en un rato. Pero antes, quiero que te hagas esta pregunta: **¿El que ella quiera que la salves, necesariamente implica que seas su novio para eso? ¿No la puedes salvar desde una posición de amigo?** Pero más importante que eso...

... **¿Salvarla? ¡¿DE QUÉ?!“**



La conversación fue larga. Por varias horas los dos amigos tocaron muchos temas al respecto, trataron de analizar a cada uno de esos seres humanos que, en su afán de evitar daños, decidieron alejarse de Miguel.

En todos los casos, la conclusión fue obvia. Y la vería pronto.

Lo cierto, es que José se fue, continuando su trabajo por los pueblos del país. Su misión estaba completa, y ya podía darle un parte de tranquilidad a la madre de Miguel, aunque... él no lo notaría en un largo tiempo.

Por otra parte, como suele suceder luego de sus conversaciones trascendentales, Miguel se quedaría pensando en esas palabras por el resto de su día, como una espina en su mente. *Volviéndolo loco.*

Caminaba a casa aquella tarde, cuando algo tocó su rostro...

Los autos, la gente, el viento, el sol... Ella...

Sofía...

¿Cómo demonios te metiste en esto?

Llegó a casa antes de que pudiera darse cuenta.

Por fin, sus voces le permitieron regresar en el tiempo y contarse a sí mismo su historia. Luego, las preguntas de su mejor amigo volvieron para atormentarlo.

Se cambió de ropas y se quedó sentado sobre la cama. Su cigarrillo se carburaba solo, presa de una avalancha de palabras recitándose en su cabeza, repitiéndose una y otra vez.

¿Salvarla? ¿De qué?

¿De qué?

Todas aquellas imágenes y momentos fueron repasados por sus voces, una tras otra. Cada una de esas manifestaciones de su consciente, su inconsciente y su subconsciente, cada arquetipo, protoforma, recuerdo remanente, dibujo animado o amigo imaginario que alguna vez hubiera existido entre los laberintos de su cabeza comenzaron a discutir, como susurros desordenados en medio de su cabeza, recordando cada momento, cada día. Cada minuto. Cada instante. Tratando de decirle algo que él no quería oír... O aceptar...

...Yo soy una buena mujer...

... Olvídense de mi amistad...

¿En qué estás pensando?

... Destruirme...

¿Salvarla? ¿De Qué?

... Anemia...

¿Cuál Músico se ahogó?

¿Cómo demonios...

Hasta nunca...

No me dejes...

¿De Qué?

De pronto, una de sus voces tuvo la mejor idea que algún ápice de locura pudo haber tenido en su existencia: Se transformó en un recuerdo. En un grito retumbante en los recodos de su cabeza. La única voz que Miguel siempre escucharía.

... Gabriela...

*MALDITA SEA, IMBÉCIL, ¿QUÉ NO VES QUE TE ESTÁN
MANIPULANDO?*

Como un torrente frenético de imágenes y palabras mezcladas de forma completamente incoherente, salvo para su propia mente divergente, todas las cosas que había vivido, cada respuesta, cada palabra, cada beso, cada letra, cada momento, cada sensación, se enlazaron en un desesperado alarido dentro de su cabeza... Como un niño después de recibir una golpiza de sus padres, o como un hombre despertando a una realidad que eludía porque, simplemente, no quería creerla.

¡MIERDA!

Todo cobraba sentido por primera vez en meses, y sus ojos vieron la luz. Todo estaba relacionado, el falso secuestro, el cuento de la violación, las historias trucadas, las ollas, el mirador, el dolor, el intento de suicidio, las lágrimas, los cambios de humor, Helena, Gabriela, John, Paula, Alma y Katherin, la falsa leucemia, las píldoras, la falsa víctima... *El veneno...*

¡Esos malditos ojos!

Su mirada ardía, presa de la ira, presa de la furia, presa de la culpa. Lloraba. No lo notaba. Tenían razón.

Todos tenían razón.

Y ahora, él se les unía.

Antídoto (Parte 1).

“Querida Sofía:

Soy Paula, hermana de John. La misma que has definido como ‘Vaga, buena para nada, prepotente, engreída y soberbia’.

Quisiera refrescarte un poco la memoria, dado que has mencionado muchas cosas, así que las vamos a aclarar aquí y ahora.

Mi odio por ti empezó porque, de casualidad, encontré en una página de Internet encontré un vídeo con alto contenido para adultos, en el cual aparecía tu linda cara de *zorra*. Describirlo sería darte aún más importancia, así que no lo haré.

Pero quiero escribir esto para que el mundo entero conozca *la verdadera cara de Sofía*. Una cara que no cualquiera puede ver, y no todo el que ve puede entender, porque ése es justamente su propósito: Ser una persona que, con su supuesta inocencia y, a fuerza de lástima, quiere comprar el cariño de todos, además de ganarse *adeptos*.

Primero que nada, tengo que dejar claro que mi familia tuvo que pagar el famoso “regalo” de las ollas para el trasteo, y mientras tanto yo, la soberbia mujer de la que tanto hablas, te regalé aquellas ropas nuevas y costosas con las que conociste a tu amado Miguel. Estoy segura de que él cree que te las conseguiste trabajando, o te las regaló alguien más. ¿No?

Si, ésta soy yo. Esta “*vaga, buena para nada*”, una de las estudiantes más destacadas de su institución y, aunque lo que acabo de decir contradiga lo que estoy tratando de expresar, modestia aparte, puedo afirmar sin temor a equivocarme que no alcanzas a llegar a la mitad del rendimiento académico del que tanto denigras en tu... Cómo decirlo... *¿Curso de garaje?*

Y, por cierto, ¿Aquel novio del que tanto hablas? ¿Ese que se mantenía *echado* en el sofá de mi casa viendo televisión y comiendo a costillas de mi madre como tú solías decir? ¡NO, no existe, NUNCA EXISTIÓ! A diferencia tuya, no necesito de regalos de marca para valerme por mí misma.

Agradezco a la familia que, con mil crisis y problemas encima, me han sacado adelante como una buena persona, no sólo como una buena mujer.

Y no necesito fingir que me estoy muriendo, porque yo no gano cariños con lástima. No necesito hacerlo. Y te agradezco a ti. Sí, a ti. Por haber pasado por la vida de mi hermano, y enseñarle que una mujer como tú, definitivamente, es muy poco para él.

Y por mostrarnos, y a tiempo, que definitivamente *no eres una buena mujer*.

Entonces, te doy muchas gracias.

Besos y abrazos,

Paula”.



“Bueno, con mucho gusto”, respondió Miguel cuando recibió, consternado tal vez como ninguno, aquél documento de parte de la hermana de John, tres días después de que su hermano dijera tan dura despedida contra él, y máxime si fue con la firme intención de que él se lo entregara a la mismísima Sofía.

Nunca tuvo forma alguna de imaginar alguna razón para que ésta joven mujer hubiera llegado a él a pedirle semejante encomienda. Era inevitable que *Migue* estuviera extrañado, y más con la segunda parte del favor, que le solicitó luego de haber respondido él a la primera.

“Si acaso no logras entregárselo a ella, te autorizo y te pido que lo leas. Pero sólo si no logras entregarlo, ¿Vale?”

Pasaría mucho tiempo antes de que se atreviera a leer su contenido, o siquiera abrir el sobre.

Después de todo, Sofía nunca quiso recibirlo. Lo consideraba un insulto más, “*Y no estoy dispuesta a soportarlo. Yo soy una buena mujer*”.

Aria.

Miguel inhaló una bocanada más del impío y relajante humo de su cigarrillo, con la esperanza de “tomar aire” para lo que se le vendría unos minutos después. Luego de terminar el vicio que seguía poseyendo una parte de su voluntad, puso un pie frente a sí, y luego se encaminó a la casa de su más sabia amiga.

Aria y Miguel se habían conocido algunos años atrás, y desde entonces se han acompañado en las buenas y en las malas. Muchas veces pasa bastante tiempo antes de que vuelvan a entablar conversación, y es lógico porque ambos tienen agendas ocupadas. Pero, cuando lo consiguen, la tertulia no sólo es entretenida, sino también reveladora. Todo ello se debe, en parte, a que ninguno de los dos es capaz de decir una sola mentira sin que el otro lo note al instante, en especial él.



Se podría decir entonces que Aria, casi como José, es una voz de la conciencia de Miguel. Aunque ella suele ser mucho más cauta y sabia en determinados temas. Ambos lo saben, por eso es que él busca en ella un consejo inteligente sólo cuando el estado actual de determinada situación es más apremiante o, simplemente, cuando él necesita una amiga. Alguien a quien abrazar. Alguien con quien derramar las lágrimas que no sería capaz de mostrarle a nadie más, ni siquiera a su mejor amigo en todo el mundo.

Y cuando ese momento llega, como si fuera capricho del destino, ella siempre está esperándolo en su camino a casa. Como ahora.

Al igual que siempre, ella se encontraba sentada en la acera, esperándolo. No era para menos. La hermosa mujer y fiel compañera de *chocoaventuras*, como ambos solían llamar en broma a sus anécdotas, era a su vez amiga de John y conocía bien la historia, desde más de una fuente. De esa forma no había otra persona en el mundo con mejor punto de vista al respecto y que, pese a todo, pudiese ser más inteligente.

Y, aunque Miguel se encontrara perturbado aún por la ira, lo sabía. Siempre lo sabe, y siempre encuentra en ella la palabra más adecuada en el momento más indicado. Como si de una profetisa se tratara.

Al momento de verse se dieron un abrazo, *Miguel* se aferró a la espalda de quien lo recibió como si, en muchos años, no hubiera hecho nada semejante. Realmente le hacía falta, y no quería desperdiciar segundo alguno.

Porque sabía que se acercaba el momento que tanto temía.

Luego de un pequeño saludo y un largo trago a la refrescante bebida que ella le dio para saciar su sed, tomaron asiento en la acera, como era casi ritual entre ambos. Entonces, como sucediere con José, él comenzó a contarle cada uno de los eventos que habían llevado a que ese encuentro tuviera lugar.

No se calló nada, como siempre. Le contó sobre Helena y su partida, de cómo todos a su alrededor comenzaron a *apuntar con el dedo y marcharse después*, de John, Katherin y Alma, de las fotos, de la carta de Paula, de las salidas, de todas las cosas que había pensado al respecto...

... De ella. *De Sofía*.

De su dolor.

Al igual que toda la verborrea que soltó Miguel, ambos sabían que la respuesta de parte de la buena amiga comenzaría, como siempre, con una interrupción en el discurso de su interlocutor. No había molestia al respecto, pese a que él odiaba ser interrumpido, porque ambos sabían que Aria interrumpiría cuando llegara a un punto en que ella conociera el resto de la historia.

- ¿Y qué te dijo José al respecto? Porque tuviste que haber hablado con él para haber venido a mí, ¿No?
- Antes de contarte eso, te pido, te ruego que no seas *demasiado despectiva* con tus respuestas, por favor...
- Nunca lo he sido y nunca lo seré. Tú me conoces, pero sí debo ser fuerte y golpear duro, y eso también lo sabes.

Entonces le contó él sobre su conversación con *la voz de su conciencia*. Mientras cada frase iba encajando en su sitio, la expresión de aquella mujer de estatura mediana, piel trigueña, contextura esbelta y mirada profunda más allá de lo describable, se mantenía seria, inquisitiva e impaciente ante toda la avalancha de información que ahora su buen amigo le brindaba para completar por fin su posición frente a todo este pandemónium.

Súbitamente, Aria interrumpió de nuevo, dando comienzo a *la paliza*.

“*Migue*, hombre, ¡pero no entiendo cómo es que fuiste tan obtuso! Tantas y tantas personas que te lo advirtieron, y tú tenías que seguir de terco, ¡Tenías que seguir de terco al matadero! Por todos los dioses, hombre. Al menos ahora tienes claro el alcance del daño que hiciste. ¡Ahora mira cómo vas a hacer para arreglar esto!

Y quiero que tengas algo claro, Miguel, *nadie* tiene por qué juzgar con quién es que te metes, y nadie lo está haciendo, y tampoco a Sofía, ¡eso tenlo por seguro! No la llamamos *zorra* por eso. Pero una cosa, *mi Migue*, es con quién te acuestas, ¡y otra con quién juegas en el proceso! Te tienes que dar cuenta por fin, esa nena ha estado seduciéndote a ti, ¡Y también a John, y también a Iván! Digo, *mi Migue*, que se acueste con quienes quiera, con tantos como quiera, tantas veces como le dé la gana, pero ¡¿Por qué tiene que jugar con las cabezas y los sentimientos de tantas personas, y todos *amigos míos y tuyos*, y peor aún, con amigos de *John*?! ¿Qué no lo ves?

¿Tú crees que es justo que ella haga eso? Y peor, que tú hayas ido corriendo con ella y hayas seguido adelante con todo esto, siendo que a él aún le duele lo que ellos vivieron, y le duele que seas justamente *tú* quien esté haciendo esto. Ese hombre está realmente herido, su reacción sólo te está sorprendiendo a ti, *mi Migue*, porque tu mente es divergente, y somos muy poquitos los que podemos entender tu cabeza al menos un poquito. Pero no creas que esto no le duele a la gente que te quiere. ¿Katherin? Si supieras, *mi Migue*, ¡Si supieras lo que ella me dijo al respecto! Llorarías más de lo que estás llorando ahora. Sé que no te gusta llorar, cariño, y por favor perdóname, pero es que esto ¡Tengo que hacerlo porque no existe otra manera de hacerte entender, y nadie más puede hacerlo sino José y Yo, y eso que no lo conozco! *Ella es una mala mujer*, y quiero que recuerdes eso siempre. ¿Vale? Y, por favor, perdóname, *mi Migue*...”

La estrepitosa conversación siguió con gran ahínco por dos horas más, que parecieron una eternidad. Los abrazos abundaron, así como las lágrimas de aquel hombre. Esa única emoción, ese maldito gatillo que quebraba su tranquilidad se mantuvo presente durante toda la jornada, así como muchas alboradas después.

Luego de muchas más verdades escupidas a la cara, un papel, un lápiz, una carta para el futuro y otro vaso de té helado con sabor a limón, un abrazo sellaría el final de la noche. Aria había cumplido, nuevamente, con su misión para *su Migue*. Él sospecha, aún ahora, que esa noche le dolió más a ella que a él, y por eso también se siente agradecido.

Nadie más que sus dos mejores amigos pueden, en un instante inclusive, ayudarlo de maneras que nadie más podría siquiera imaginar.

Y eso jamás deja él de agradecerlo. Incluso en ese momento, invadido por tantas emociones encontradas, la gratitud está absolutamente fuera de discusión. Sin embargo, ese no es el tópico central de sus cavilaciones mientras regresa a casa. Aquel transcurso de minutos se le hizo muy largo, sin embargo, por cuenta de sus voces en constante discusión. Había más preguntas que respuestas, y eso, más allá de dejarlo insatisfecho, lo encolerizaba.

Yo la quería, y no quería nada malo para ella, ¿Por qué?

¿Por qué hace esto? ¿Por qué a mí?

¿Qué rayos me pasó?

Perdí tanto, y de tantas maneras...

¿Cómo pude ser tan estúpido?

Su caminar lo llevó de vuelta a casa, tal y como lo hiciera cuando, por fin, abrió los ojos. Cumplió con sus deberes como mejor podía. Encendió otro cigarrillo y, acto seguido, salió a la puerta.

Al menos las estrellas que ahora contemplaba le brindaban una sensación de paz y confort en medio de la vacuidad de aquellos pequeños puntos de luz. Entre calada y calada del demónico asesino silencioso entre sus dedos, se dio a sí mismo tiempo para pensar, para tratar de dilucidar tantas respuestas, y obtener un poco de tranquilidad en medio de la ira que lo aquejaba.

No quería llorar. No era justo. *No lo vale.*

Cada cosa que había descubierto hasta ese momento era puesta en su sitio, como piezas de un rompecabezas tratando de mostrar una imagen abstracta, de esas de hace años en las que había que torcer un poco los ojos para ver su verdadero contenido.

Ese, quizá, es el peor de los tormentos para Miguel. Siempre tratar de saber más, de saciar esa inequívoca sed de conocimiento, propia de un hombre que se dedica a lo que hace por *amor a la ciencia*, y que ahora veía cómo le fallaba cada cosa que había aprendido, cada método, ca...

Un momento...
¡¿También a John?!

Se abalanzó a la computadora antes de siquiera parpadear, la encendió y esperó por unos eternos veinticinco segundos a que estuviera encendida. Luego, ingresó de nuevo en la famosa red social, y comenzó la búsqueda. Segundos después, su pantalla dibujó frente a sus ojos lo que andaba buscando.

Comenzó a analizar el perfil de Sofía desde un enlace anónimo, mientras ella trataba de conversar cordialmente con él en una ventana destinada para tal fin desde su perfil convencional, como solía pasar casi todas las noches. El siguió la corriente, poniendo mucha atención a cualquier pista que pudiera dar. Si lo que estaba intuyendo era correcto, ella no podía darse cuenta de que él lo sabía.

Debía encontrarlo. *Debía saber.*

Muy a su pesar, mientras la pantalla repintaba imágenes, una tras otra, casi sin parar, tuvo que hablar mal de las personas por las cuales y con las cuales había llorado anteriormente. Aunque rara, no era difícil de comprender tal lógica: Ella debía tener la impresión de que él odiaba a los que, otrora, le consideraron su amigo. De esa forma, no se preguntaría si algo extraño hubiera sucedido y él, por su parte, podría obrar con tranquilidad y encontrar las respuestas...

Súbitamente la pantalla de su máquina le mostró un retrato, acompañado de una serie de mensajes, a manera de conversación. La fotografía, por sí misma, era irrelevante: El rostro de aquella mujer en blanco y negro, con expresión pensativa y resaltando sus ojos, como de costumbre. Pero, como ávido lector, él se tardó algunos segundos tratando de entender cada uno de los recuadros escritos a un lado de la imagen. *Texto, estilo, palabras, mensaje, contexto, intención...*

De pronto, sus ojos se abrieron enormemente por unos segundos. Luego se entrecerraron un poco, y sonrió lentamente.

Ahora había entendido aquel mensaje, con aquella conversación a la derecha.

- La magia de ser único es ser generoso sin tener miedo a la envidia y a la destrucción que puedes causar por ser la única persona con iniciativa de salvar el mundo. Porque si dices la verdad estás condenado a escuchar el otro enfadado, pero te garantiza la paz en tu interior y esto es más valioso que cualquier estupidez dicha por estos.
- Claro que sí, mi amor, por eso es que la verdad es tan valiosa en nuestros días, y todos aquellos que han caído por no conocerla están en la tarea, en la misión de averiguarla y entrar en armonía con ella, pese a todo el odio que pudiere parecer que generan alrededor.
- ¿Por qué, *mon cuore*?
- Porque eso, mi vida, es la verdad. *Y la verdad nos hará libres.*

Dualismo.

Sofía no se encontraba de buen humor aquella noche.

Normalmente cualquier cosa la podría haber sacado de casillas en cualquier momento, y Miguel ya se había hecho a esa idea, pero este día ella estaba particularmente volátil, esquivaba.

Normalmente se hubieran recibido como cada una de las veces anteriores: En la misma estación de autobús, con un beso. Luego conversarían un poco, sobre los temas de siempre, y caminarían juntos al bar de costumbre para finalizar sentados en la misma mesa, tomando un café y una bebida fermentada y pasar una velada *agradable*.

Pero, esta vez, ella ya lo estaba esperando en la taberna, y su expresión no era agradable. Él pudo haberlo interpretado como la molestia que siempre le generaba esa desafortunada costumbre involuntaria de llegar tarde a todas partes, pero él había llegado a tiempo. Así que éste no era el caso. Ella estaba *molesta*. Y la razón no era clara.

Miguel, sin embargo, era optimista. Siempre lo ha sido con todo lo que ha podido, y más para la persona con quien sostiene una relación. Por otra parte, Sofía no se la ponía fácil. Cada cambio de humor era, definitivamente, un reto mayor al anterior para la mente del insistente novio.

Y, por lo general, no le alcanzaba el tiempo para resolver cada *acertijo* antes de que el siguiente tomara lugar. Así, solo quedaba rabia, y algo de frustración.

Y esa noche sería una muestra de ello, tal vez más que cualquier otra.

La conversación comenzó como siempre: Con el tema usual. “No puedo creer que John me haya hecho tanto daño, y que siga sonriendo y exhibiendo a su *Almita* como si nada pasara, no le importa mi dolor, me siento tan devastada. Sólo quiero que pague, que la vida lo golpee tan fuerte... *¿Cierto que va a pagar? Tú me vas a ayudar, ¿Verdad?*”.

“Si, Sofía, claro que sí”, respondía Miguel de forma condescendiente, como todas las veces anteriores, y también igual de frustrado. Ya se había hartado hace un buen tiempo de que el tema recurrente fuera algo diferente a *ellos dos*, y más un tema tan caótico, banal y, sobre todo, repetitivo.

Ella continuaba con su disertación redundante. Tal vez no notaba el tono en la voz de su *novio*, tal vez estaba tan concentrada en repasar el camino de espinas que tanto la hería, que no daba por sentado que el hombre con quien estaba quería “pasar la página”, y contemplar un futuro juntos más que un pasado en el cual solo viviría un museo.

O, tal vez, simplemente no le importaba.

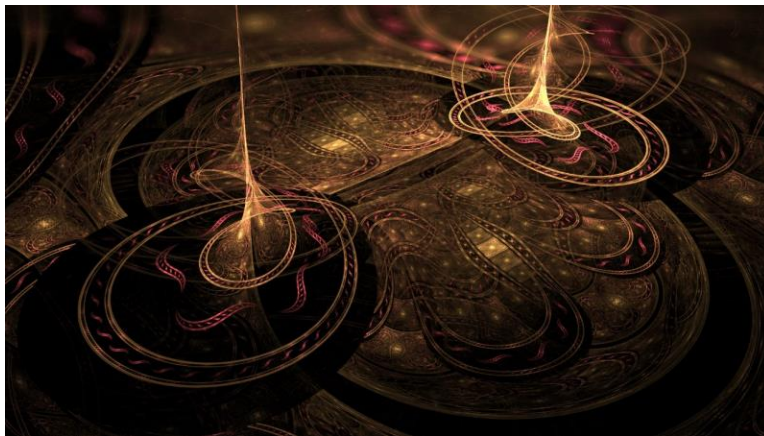
De cualquier modo, esa noche Miguel tomó su elección ante ello. “*Sofi*, perdóname, pero es que ya es justo que hablemos de otra cosa, hablemos de nosotros, pasemos tiempo como pareja, que el pasado quede atrás, creo que es justo para am...”

La respuesta no se hizo esperar. Como siempre, Sofía no permitió que el hombre diera por completo sus argumentos.

“Mira, Miguel. Yo decido de qué hablo, ¿O.K.? A mí me duele y tú *tienes* que entenderlo. Tu arrogancia, y tu soberbia, y tu prepotencia, no me van a afectar. ¿Vale? Y no te molestes porque alguien te diga *la verdad*. Yo siempre digo la verdad, me he analizado muchas veces a mí misma y no miento, *jamás miento. Soy una buena mujer, ¿Recuerdas?*”.

Luego de respirar profundo, y de mirar a su amada Luna Llena, tan distante y cercana como sólo lo etéreo podría permitírselo... Recordó lo que había pensado hasta ese momento. Tomó otra bocanada de humo y, luego de bajar su cigarrillo, miró a su novia a los ojos, tal vez sospechando que esa noche toda la historia daría un giro insospechado.

“Miguel, ya no lo soporto más. No me soporto tu arrogancia y tu soberbia, y tampoco es tu culpa, no alcanzo a aceptarlo porque solo estoy pensando en John y el daño que me hizo y lo relaciono contigo por ser su amigo. La verdad es que no me siento lista para tener una relación contigo. No quiero tenerla porque has sido un buen hombre conmigo, mucho mejor que John, debo reconocerlo. Pero por eso mismo no puedo estar contigo, porque no me siento lista para afrontarlo sin que tu soberbia y tu prepotencia me afecten, así que mejor no seguimos en esto. No quiero hacerte daño. *Yo soy una buena mujer*”.



Una mente divergente, tan dispersa como la de aquel joven, sentado a esa mesa, en ese bar que tanto gustaba de frecuentar, podía haberse sorprendido con demasiada facilidad al respecto de semejante discurso de parte de la que, hasta hacía cinco segundos, era su pareja.

Sin embargo, tan rápidos y diversos fueron los elementos que pasaron por su cabeza, que Miguel, sencillamente, lo vio venir. Aunque no sería capaz de definir el por qué en mucho tiempo.

Tampoco se atrevería. *Hay demasiado en juego para abrir la boca a la ligera.*

Mientras tanto, el discurso de Sofía continuaba. “Es John, siempre ha sido él. Siento que respira en mi nuca, aún si no está, lloro todo el tiempo, no paro de sufrir, él es el culpable, aun cuando no está, me hizo demasiado daño, él destruyó mi vida y la sigue destruyendo mientras no está. Esas mujeres son las responsables, pero él lo permitió. Él lo buscaba, y lo encontró, y no pasaron cinco minutos desde que terminamos para quitar mis fotos de su perfil, y colocar fotos con esa *zorra* y por eso sé que ellos ya tenían preparado que él me terminara, porque él ya había estado con él. Y todo eso me duele, y tú eres su amigo, y hasta que no pague y no arregle mi vida no podré iniciar una relación contigo. No es tu culpa, tampoco es mi culpa. Tú eres un buen hombre y *yo soy una buena mujer*, pero él NO. Él es un maldito y va a pagar”.

Tantas veces había oído Miguel el mismo discurso de la misma mujer, de la misma manera, que no tenía ni que poner atención. También sabía que, súbitamente, iba a cambiar algo de su discurso. “Pero yo no necesito arreglarme. Yo estoy *bien*. Yo no hice daño a nadie, *yo soy una buena mujer*, él me hizo daño, él es el que tiene que arreglarlo, y tiene que pagar. ¿Cierto que va a pagar?”.

Mientras tanto, su interlocutor pensaba, respiraba más y miraba la Luna, su único y eterno consuelo en momentos como éste. Aunque ya lo había visto venir, sin importar las razones, no dejaba de doler. Y esa luz pálida, fría y agradable, jamás lo dejaba solo en este tipo de situaciones.

“De acuerdo, entonces me alejaré, mientras que organizas tus cosas. Tal vez después podamos estar juntos, pero ahora tomaré tu decisión y estaré lis...”

Otra vez, Miguel fue interrumpido. Sofía le tomó la mano con dulzura.

“No te vayas. No me dejes”.

La noche culminó con él sentado frente a la computadora, unas horas después, recién llegado del bar. Definitivamente no alcanzaba a comprender del todo los discursos que ella le propinó en aquel tiempo.

¿Qué? ¿Quieres que te deje, y quieres que... no te deje?

Dio un suspiro y encendió otro cigarrillo. Había notado que su adicción se incrementó demasiado desde que comenzó a salir con Sofía, pero no le importaba. Lidiaría con eso en su momento.

Por lo pronto, necesitaba todos y cualquier mecanismo posible para mantener su mente lo más relajada posible. Así que, como era costumbre, encendió la computadora y, acto seguido, ingresó de nuevo en la famosa red social, para continuar el juego que le proporcionaba y para ver qué había de nuevo, además de los mensajes pseudo-poéticos de su, ahora, ex-novia.

Al instante se abrió la página azul y blanca característica de la denominada “bandeja de entrada”. Una alerta saltó frente a su pantalla casi al instante. Obviamente, la revisó y...

... Sus ojos se abrieron tanto como pudieron, presa de un asombro que no había experimentado en mucho tiempo...

“John te ha mandado un mensaje nuevo”.

Antídoto (Parte 2).

“De: Katherin.

Para: Miguel.

Nota: Espero que ELLA misma te de las razones por las cuales te debes quitar las vendas que ahora mismo cubren tus ojos.

Hola, Miguel, no sé qué tan importante te parezca el contenido de esta carta, solo espero que comprendas las razones de mi partida, siendo estas un poco personales con respecto a Sofía, razones que, desde hace mucho tiempo, conoces y que espero que las recuerdes y comprendas, al menos, mi realidad frente a ella.

Partamos de que sabes que, como amigo, te aprecio y te valoro por quién eres y prácticamente eso quise dejar claro con mi partida porque, cuando me retiré, no fue con un mensaje de “Adiós por siempre”, sabía que aquella mujer te haría daño, te haría sufrir y que te vendaría los ojos frente a lo que Alma, John y yo te advirtiéramos en el proceso.

De por sí, no la conozco personalmente, pero no se me escapa saber que ella muestra su cara de mariposa tierna y delicada que conquista y que trata de mostrarse como una *“niña buena”* ante el mundo, que busca causar lástima en la gente; te he de aclarar que no la ataco, simplemente espero que abras los ojos que, por alguna razón, te cerró con las palabras *“Soy una niña buena y todas esas bestias simplemente me atacan”*, refiriéndose, por supuesto, a Alma, John y a mi persona.

Te lo aseguro, pasaron mil imágenes por mi cabeza cuando vi la foto de ustedes dos, te vi enredado, mal, desdichado con una mujer que definitivamente, no te convendría, alguien que sabes bien que me había tomado la molestia de analizarla y, si bien lo hice con John, traté de hacerlo contigo, siempre fue advertirte del peligro en esa que, a la luz de los hombres, se veía *“buena”*, pero que a mis ojos siempre se vio como una mujer que lo único que buscaba era dañar y entorpecer la vida de quienes la rodeaban.

En todo caso, espero que con un poco de historia se te refresque la memoria de quién puede llegar a ser ella para mí, que comprendas que, mientras ella esté en tu sombra, yo no me acercaré a tus recuerdos y que, cuando te des cuenta de quién es en realidad para mí, sabrás que mis acciones y las acciones de quienes se alejan de ti, no son por *pendejadas*, hay mucho detrás de esa cara felina y *esa mirada hipnótica*.

...El nombre de Sofía, lo escuche mencionar desde hace un par de años, para entonces la nena había estado con Eric, gran amigo, a quien ambos apreciamos como tal, no me había interesado en absoluto su existencia, la verdad, no la veía como competencia y mucho menos como alguien que fuese a molestarme la vida.

Sin embargo, así como dice el grupo “Maná”, las mariposas son Traicioneras y, desde el momento donde vi que aquella mujer estaba *“celosa”* de la relación que aún existía entre Alexander y yo, la quise alejar de mi vida, ya era suficiente con pensar que la relación de ambos estaba por terminar como para adicionarle el que alguien como ella apareciera.

Empiezo yo a notar el tipo de comunicaciones que ella tenía con Alex, *“Cariñito esa canción me encanta... Si, cariño, gracias... Ay, corazón, que linda imagen... JAJAJA, me encanta como escribes, cariño mío”*... ¡¿EN SERIO?! ¿Crees que me la trago viendo cómo una mujer que, aun sabiendo sobre mi existencia, que no había siquiera entrado al núcleo social nuestro (o al menos el de Alex) le estuviera coqueteando y lo estuviera tratando como si lo quisiera para ser su pareja? ¡Ni de riesgos! Desde ese momento esa mujer dejó de ser punto de confianza para mí y no ha cambiado hasta ahora ni creo que cambie, me conoces un poco, *Migue*, y sabes que, cuando decido no confiar en alguien, es muy difícil pensar en mis oportunidades a menos que tengan una razón por la cual yo debiere hacerlo.

Mi amigo, desde allí inició todo, esa mujer aparecía y yo simplemente la quería “*desaparecer de la faz de la tierra*”, tal vez por rabia del momento, solo sé que no la quería ver a 5 metros a la redonda de la gente que me importaba, en especial de Alexander. Tal vez le di mucha importancia, a tal punto de que, en el momento de volver con Alexander, ella fue la causa de la primera pelea que tuvimos, pues yo no la quería ver y menos en el perfil de mi novio en la famosa red social, apareciendo con su “*cariñito por aquí y cariño por allá*” refiriéndose a él, y sabes que, cuando algo me molesta, no lo tolero cerca mío.

Espero, Migue, te acuerdes del día que nos encontrábamos en el instituto sentados y te comente sobre dicha historia, de las tantas razones por las cuales esa nena no era bien vista por mis ojos: Una persona inestable emocionalmente, con necesidad de afecto, atención, con una necesidad gigante de que la vieran linda, de verse inocente ante la vista de los demás, de generar lastima y que, con cada palabra que decía, el mundo le comentara mil cosas y ella se vanagloriara de palabras banales que solo decía para crecer el poco ego y autoestima que dice tener.

Después de muchas peleas con Alex, al fin la saco de su grupo social, ya no hablaba con ella y no te mentiré, sí me hizo feliz... O bueno, al menos me tranquilicé un poco, sin embargo no perdía su rastro, no sé por qué, pero al final se terminó metiendo en un grupo que yo sí quería de verdad, posiblemente el primero durante demasiado tiempo y cuando quiero a alguien o algo, busco su bienestar, cosa que se lo hice saber a ella y espero que tú comprendas que perteneces a ese grupo siempre que desees hacerlo.

Paso mucho tiempo después y bueno, al parecer no toleró que Alma se volviera novia de Pablo, el ex novio de ella, y *vuelve y juega*, la nena ataca a mi mejor amiga, le manda indirectas entre sus palabras y le hace la vida imposible a través de Pablo, quería “*volverla trizas*” de nuevo, había tocado a la segunda persona ajena a mi familia que me importaba y no me interesaba que le hiciera más daño.

Sofía le *metió cizañas*, pensamientos rotos, perspectivas a Pablo sobre quién era Alma, claro, para hacersela víctima y la **buena mujer**, la niña que todos atacan cual bestias lo sabe a la perfección, lo que no muestra, eso sí, es como ella muestra su segunda cara, esa cara de maldad, de destrucción y de venganza sobre alguien por, simplemente, tener mejores cualidades que ella... Y la empieza a destruir con palabras y comentarios que tal vez, *mataban* a la persona.

Mi amigo, ambos sabemos cuán fuerte y peligrosa es la lengua y ambos sabemos manejar las palabras, tanto para construir como para destruir, y sé que con estas palabras, tal vez, he “*asesinado*” la imagen de santa que ella ha creado en ti, pero sabes que no soy del estilo de personas que se guarda el madrazo y las verdades, yo digo lo que tiene que decir y estoy dispuesta a que se devuelvan, sé esperar mi *karma* si es que se debe devolver cuando se trata de decirle las cosas a mi amigo.

Continuando, la “*damita*”, como trataste de hacérmela ver, en busca de su “*Vendetta*” se mete con John, otro amigo nuestro, o al menos siguiéndolo como mío, y también recibió sus cuantas palizas y palabras de mi parte para cuando lo hizo, fue... Casi que el mismo proceso... La nena se hace la víctima ante el mundo, te emboba la mente, se “*entrega a tus brazos*” y espera que alejes a personas como Alma, y como yo, que buscamos protegerte con razones, que casi que nos mandes a comer *de la que sabemos*, que ocurran peleas mientras ella se sienta en su trono oscuro y lleno de maldad a ver como regresas con la cabeza abajo diciéndole “*ama mía*” después de haber metido al calabozo a quienes solo quisieron alejarte del peligro.

Si viste películas animadas antiguas, habrás de recordar a aquella reina y su manzana... ¿Verdad?

Hombre, después de las conversaciones que tuvimos, después de que habías probado mis habilidades para decirte “no me agrada” o por el contrario, “me agrada X persona”, no creíste en mí, nuestros pensamientos podían ser contrarios en nuestras perspectivas profesionales, pero si de algo estaba y siempre estaré segura es de las cosas que digo contra una persona. Yo no digo las cosas porque me parecen lindas, digo las cosas porque veo la realidad y esta vez yo busqué protegerte contra ella, ya que apenas John terminó con ella yo misma fui a hablar con él sobre todo lo que había ocurrido y sigue ocurriendo.

No es la *mujer buena* que piensas, los problemas que tuvo que enfrentar nuestro amigo no se los deseo a nadie, Alma misma me llevo a la casa de John para que el me dijera “Kathe, perdóname, fui un estúpido al no haberte escuchado, no sé cómo caí en las fauces de esa mujer”, yo solo acepté, lo abracé y empezó a contarme cada una de las faltas que ella cometía contra alguien, en especial sobre él, siendo su novio, y sobre la que ahora es necesidad de cobrar venganza en contra de John por estar de nuevo con Alma, con uno de sus amigos más allegados... TÚ.

Sabía que era vengativa, apenas me doy cuenta de qué tanto... No espero que sufras, espero que abras los ojos pronto, me hará falta platicar con alguien con cabeza para muchos temas y seguir hablando juntos sobre la Luna mientras te fumas tu cigarro y yo me tomo mi jugo.

Cuídate mucho y, por favor, si vas a volver, procura que esa mujer ya no pertenezca a tu vida, no deseo que ella sepa tan siquiera mi nombre, si la va contra ti y se pone a chillar, así como lo hizo y sigue haciendo con John, descuida, sé que Alma y yo funcionaremos en pro de seguirle mostrando a las personas que los rodean qué sucede en realidad... Por cierto, ella no tiene que saber sobre estas letras, supongo que el día que yo tenga que hablar con ella, será porque Alexander me obligue a decirle las cosas como son y espero que ni tú ni nadie se meta en esa conversación.

Atte.: Alguien que sabe cómo manipular, que sabe leer las letras, que confía en su intuición y que espera recuperar a su viejo y cuerdo amigo.

Un abrazo.

Con cariño,

Katherin.”



¿Qué tan caótica puede tornarse una situación como para pedir disculpas por ello antes de que ocurra?

¿Cómo puede equivocarse tanto una persona, para no ver la forma en que su “castillo de naipes” se derrumbara por sí solo?

Lo cierto es que Miguel no tenía palabras para esto. Sólo pequeñas gotas de tristeza que quedarían detrás de sus ojos.

Aria recibió esta carta tres días antes de que Katherin misma cortara todo lazo con él.

Por haberla escrito, y haberle expresado tanto, el *Migue* estaría eternamente conmovido y agradecido con su *Kathe*, y aún más con su más sabia amiga, por escoger tan preciso y maravilloso momento para entregarla.

Sólo en esa cantidad de tiempo hubiera adquirido la sabiduría suficiente para entender su significado, y *ver la verdad* detrás de ella.

Y la verdad os hará libres...

Una ida...

Desde niño, Miguel ha tenido un asunto característico con su pensamiento.

El común de las personas suelen ayudar a su propio pensamiento hablando consigo mismos en los momentos que más lo necesiten, siempre bajo el control del dueño de cada mente. Son circunstancias en las que el estrés, sumado a una intrínseca necesidad de coordinar y organizar las ideas en una sola línea coherente de eventos, hace que cada quien encuentre consigo mismo la estructura que su mente necesita, para solucionar los problemas del día a día.

Pero eso es distinto en Miguel. Ya sea porque su mundo mental decidió abusar de esa habilidad o porque, simplemente, como cualquier mente divergente que se respete, funciona completamente diferente, es incontrolable el hecho de hablar solo en él.

Se manifiesta en cualquier momento, y por cualquier razón. *La voz* con la que *Miguel* conversa es diferente cada vez: Desde dibujos animados o personajes de libros que ha leído, hasta constructos que sólo su propia cabeza podría crear... o contener.

Con el paso del tiempo, él ha logrado darle sentido a estos seres, y ha aprendido a entenderlos como parte de sí mismo hasta que, elegantemente, los ha convertido en lo que él llama... *Sus voces*.

Y pocas veces han estado tan de acuerdo como en aquel momento.

Sus clases de la tarde, en prácticas frente a una de las computadoras de su alma mater, se vieron interrumpidas, como de costumbre, por la intromisión de Sofía, en la ventana de conversación acostumbrada.

“Ya no me aguanto más esta vida, Miguel, este daño que John me ha hecho con sus palabras y sus malas intenciones, y por estas terribles mujeres que me han hecho tanto daño. Realmente ya no lo aguanto. Así que te digo adiós, a ti y al mundo entero. *Voy a descansar*”.

Pese a ser un hombre optimista, él sabía lo que tal combinación de palabras significaba. Y no caería en ellas tan fácilmente. Mucho menos, *ahora*.

- ¿En serio, vas a hacerlo, Sofía?
- Si, Miguel, no intentes detenerme, porque no lo haré. ¿O.K.?
- No, no lo intentaré. Buen viaje...
- Adiós, y gracias por ser tan bueno conmigo.
- Pero, antes de que te vayas, hay algo que me molesta bastante y quería preguntártelo...
- Dímelo, podré conversar contigo mientras hace efecto...
- ¿Por qué haces esto, digo, por qué te rindes?
- No me estoy rindiendo, Miguel, sólo quiero que todo pare ya y tú no me quieres ayudar...
- Pero, ¿Qué esperas que haga? ¿Que sea *la mano del destino* o algo así?
- Ya no importa, quiero descansar ahora...
- Es que no estoy deteniéndote, sólo te estoy haciendo una pregunta y deseo tener una respuesta antes que esto termine.
- No importa, igual, el daño que me hicieron esas mujeres y ese hombre no va a desaparecer, no importa si me ayudas o no.
- Pero en serio, ¿Qué vas a lograr? No lograrás corregir lo que te ha pasado, ¡No harás nada más estando muerta!
- Te quiero...
- Vale, está bien... Buen viaje, Sofía, me avisas qué hay al otro lado, ¿Vale?
- No te burles...

- No lo hago, tú sabes en qué cosas creo. Solo que no te voy a detener y, ya que no quieres responderme, te deseo un buen viaje...
- Te quiero...
- Sofía...
-
- ¿Sofía?
-



La clase continuó por treinta interminables minutos. Era obvio para Miguel que ella no había tratado de atentar contra su vida, al fin y al cabo, si te vas a suicidar, *simplemente lo haces*. Pero, aunque no lo había demostrado, a él le importaba. Claro que le importaba. Pero, al igual que en otras ocasiones, su lógica era extraña, pero correcta.

Si me desespero por pedirle que no lo haga, lo hará. Es psicología inversa básica. Así que... Haré lo contrario. Al final de esa media hora de intensa rabia, luego de respirar profundamente, exhalar otra bocanada de humo maloliente y consultar con sus voces, llegó a una conclusión.

Ya se ha de haber arrepentido, ahora démosle la lección que necesita.

Acto seguido, hizo algo muy cotidiano entre los usuarios de la famosa red social: Se conectó a aquel conocido portal de videos en Internet, encontró uno en específico y, luego de haber tomado la dirección exacta en la que se encontraba, la *pegó* en la ventana de conversación de aquella a quien quería mostrarle un mensaje muy particular.

La respuesta llegó seis minutos después.

- Lo siento.
- Llegué a creer que lo habías hecho realmente.
- No, sólo tragué tres cucharadas de sal. Me desmayé unos minutos solamente.
- ¿Sal, Creíste que eso te iba a matar?
- Con cómo tengo mi sangre, creí que iba a desatar un ataque de leucemia.
- Hasta donde sé, así no se logra un buen suicidio.
- ¿Suicidio? ¿Quién dijo que iba a suicidarme?
- Hemos estado hablando de eso toda la tar...
- ¡Yo jamás me suicidaría, *yo soy una buena mujer!*
- Pero, Sofía...
- ¡Ya basta! No permitiré que me cuestiones, yo sólo quería descansar, ¿O.K.? No dije nada de suicidarme...
- ... Vale, está bien...

Él decidió callar desde ese momento. Necesitaba descansar de tan estresante jornada, retomar sus apuntes, atender sus tareas, fumar otro cigarrillo y... Pensar.

No es que Miguel fuera deliberadamente condescendiente o complaciente, aunque cualquiera que hubiera visto semejante conversación pudiere haberla interpretado como tal conjunto de cosas. Muy por otra parte, su lógica era otra. Y ahora, su pensamiento era mucho más rápido que antes. Ahora, *sus voces* le ayudaban.

... ¡Y luego dicen que yo estoy loco!

Sin embargo, la rabia ya no era lo que más lo acongojaba. Después de todo, *sabía*.

Unas horas después, otra conversación, que Sofía comenzó nuevamente, enturbió un poco más las cosas.

- Lo siento.
- No tanto como yo.
- ¿Amor, por qué lo dices?
- Porque ya no sé qué más decirte...
- No entiendo.
- Si te digo algo bonito te molestas, si te digo algo feo también te molestas. Si te digo la verdad te molestas aún más. ¿Será que tengo que decirte alguna mentira?
- ¡No te atrevas a mentirme, sabes que no me gusta que me mientan y yo puedo detectar cuándo alguien me está mintiendo, ¿O.K.?!
- Pero es que igual, no sé de qué otra forma debo hablar contigo...
- Podrías hacerlo en la forma de mi novio...
- ¿Ah?
- Sí, es que la canción que me mostraste me hizo entender que no debo rendirme ante esos miserables que siempre han estado tratando de hacerme daño y también me di cuenta de que has estado tratando de quererme... Y quiero darme la oportunidad de dejar el pasado atrás, ¡Y te quiero en mi futuro, ¿Sabes?!
- Pero, Sofía, ¿Y si me lo haces de nuevo? ¿Qué me garantizará que no me volverás a dejar dentro de una semana?
- ¡Ya basta! Yo soy una mujer de palabra, *yo soy una buena mujer*, y quiero estar contigo, pero si me dices que no, no me volverás a ver...
- ...
- ¿Miguel?
- De acuerdo, entonces. ¡Intentémoslo!
- Te quiero, amor...
- También yo...

La *bandeja de entrada* de la famosa red social le mostró una nueva alerta, segundos después. Ya Miguel la había visto antes, por lo que no le sorprendió en esta oportunidad. Rápidamente, cliqueó uno de los botones disponibles.

Sofía vio la alerta frente a su computadora, con una galleta y un café tibio a su lado, en la mesa. Su sonrisa no desaparecía, sin importar el mal clima que predominaba. Ya había cenado como le era adecuado y ahora, *con las cosas en orden*, podía celebrar para sus adentros.

Ya eres mío. Sólo mío.

Mientras tanto, Miguel había puesto su cabeza entre sus manos, con la vana esperanza de quitarse de encima el dolor. La caótica serie de eventos que ocurrieron aquella tarde, junto con el sudor que aún persistía en su espalda, sumado al *increíble* acontecimiento que acababa de ocurrir, sólo pudo generarle una profunda jaqueca.

Sin embargo, entre mano y mano, su sonrisa hubiera sido evidente para cualquiera que hubiera estado a su lado.

Pronto, una de *sus voces* tomó el control, encarnando por un instante al comandante de Zion, Jason Lock. Miró lentamente hacia su pantalla, donde aún rezaba la nueva alerta: “Has aceptado tener una relación con Sofía”.

Casi en un susurro, habló solo por un momento. Nadie lo escuchó, más que él mismo y el resto de sus voces...

“Tu turno”.

Veneno (Parte 3).

“¿Cierto que me vas a ayudar a que esas tipas paguen, amor? Es que ya estoy cansada de que hablen mal de mí, de que se metan en mi vida, como si ellas nunca hubieran tenido novios, como si nunca se hubieran acostado con nadie, y entonces yo tengo tres novios y *hago el amor* con esos tres, y ya soy una perra, ya soy una zorra... Ya es suficiente, ¿Verdad?

Si, tres novios, y a ti no se te ocurra dudarlo, ¿O.K.?

Uno fue *****CENSURADO*****, el que fue ex-novio de Alma. Primero fue novio mío y como ellos dos no funcionaron y él quiso volver conmigo, creo que por eso es que ella me odia, me echa la culpa y él fue quien quiso volver, no es mi culpa, ¿Sabes?

Además, Alexander quiso salir conmigo, me dijo que estaba soltero cuando salimos, y salimos dos veces. Me trató de robar besos y no lo permití. Sabes que *no soy de esas...* Yo creía que estaba sobre territorio seguro y, la verdad, no conocí ni conozco a Katherin como para que me odie de esa manera... Así que no cuenta...

Otro fue *****CENSURADO*****, y tuve una relación muy corta con esta persona. No me gustaría hablar de esto porque una chica llamada Daniela, ¡Quién, por cierto, también es amiga tuya!, dice que también estuve seduciéndolo y no es verdad. Primero, él y yo tuvimos algo sólo cuando ellos dos no tenían nada y, segundo, cuando volvió con ella me dejó de interesar, porque yo no soy plato de segunda mesa. Y me buscó de nuevo, y trató de aprovecharse de que *Tengo demasiado amor que dar en el mundo*, pero no me convenció, porque yo soy muy firme en mis convicciones y cuando amo, amo de verdad. Pero cuando ya no amo, no hay marcha atrás, no vuelvo ni a rogar, ni a suplicar, ni a nada de eso. Yo tengo dignidad. *Yo soy una buena mujer.*

El tercero fue John, y ya sabes en qué terminó. La verdad, estoy muy molesta con eso porque *yo soy una buena mujer* y estas malas lenguas están destruyéndome una y otra vez.

Además... El mismo John, ¡es un imbécil! No puedo perdonarlo, *¡Me traicionó!* Quiero que pague...

¡Quiero que PAGUEN TODOS! Me ayudarás, Miguel, ¿Cierto que me ayudarás?



A ellas... Quiero demandarlas por difamación y por atentar contra mi buen nombre, porque han dañado mi buen nombre. *Yo soy una buena mujer.* Y mi trabajo con los niños depende de mi buen nombre. Y tú me puedes servir para eso. Puedes *sacarles información*. Lo harás, ¿Verdad?

¿Cierto que me vas a ayudar, *amor*?

A él... Quiero que pague, que lllore una lágrima de sangre por cada una de las que lloré por él. Quiero que le duela, ¡Que sufra!

Me gustaría que me ayudaras, amor... ¿Cierto que él va a pagar?

¿Cierto que me ayudarás a hacerlo sufrir, amor?"

"Claro, vida mía", respondió Miguel en cada una de las veces que semejante solicitud venía de su *novia*, ya fuera en la cama que ambos compartían, caminando por la calle, o en la misma mesa, en el mismo bar.

Eso de ser deliberadamente condescendiente, para su sorpresa, era una habilidad que a él se le daba muy bien.

Muchas veces, tanto en ese momento como tiempo después, repasó él tales palabras.

Quién sabe lo que hubiera pasado si él hubiera accedido a tan insanas y desequilibradas demandas...

... Y más después de lo que pasó *aquella noche, con Gabriela...*

Pasaría demasiado tiempo para que el protagonista de esta turbulenta historia notara, para su sorpresa y desdicha, que **ella nunca lo contó a él como novio...**

Anacronismo.

Fueron muchos los momentos que ambos compartieron juntos.

Era inevitable que Miguel se sintiera contento cuando Sofía tomaba la decisión indetenible de acompañarle a su alma mater. Pese a que cada cual tomaba transportes diferentes, se reunían en la entrada del moderno y blanco edificio donde él veía sus clases regularmente. Allá, en los tiempos que tenía libre, el estudiante de ciencias de la computación dedicaba cada segundo a la mujer que podría haber querido.

Así, en la cotidianidad propia de una tarde cualquiera, él encontró algo de esa plenitud y compañía que ni siquiera **Gloria** le pudo haber brindado. Entonces, la sonrisa en sus labios era inevitable, pese a las muchas complicaciones que los cambios súbitos en el humor de su novia le manifestaban.

En esencia, trataba de ser feliz, con demasiado ahínco para ser precisos. Y aquellas de sus voces que habitaban en lo más profundo de sus deseos reprimidos anhelaban con ansias que *ella* fuera la indicada. Entonces, su decisión fue la menos indicada, pero la que más le satisfacía: Entregarse a *ella* por completo.

Los pasillos de aquellos edificios dedicados a compartir e impartir conocimiento eran, por lo tanto, protagonistas de caminatas y largas conversaciones, tomados de las manos y disfrutando inclusive de la más pequeña de las brisas que soplaban sobre sus rostros a las primeras horas de la tarde.

Era algo nuevo para él. Algo que nunca había vivido y siempre había querido tener, especialmente con **la mujer de su vida**. Sencillamente lo deseaba y, tal vez por esa razón, trató de que no le importara que hubiera tantas miradas de reojo y ceños fruncidos a su alrededor cuando estas reuniones tenían lugar. Especialmente, de aquellos que, alguna vez, fueron parte de su círculo.

Los que no le dedicaban miradas de rencor o de tristeza, evitaban simplemente todo contacto con él, cuando se encontraba con su novia disfrutando una tarde agradable.

Miguel, simplemente, callaba su sentimiento en ese momento. Y sus voces hacían lo mismo.



Aún recuerda las veces que vio a tantos de los que, otrora, se consideraban sus amigos, pasando por su lado, torciendo el rostro, dedicándoles a ambos miradas y gestos de desprecio... o de asco.

Ya no le afectaba. Él ya no se dejaba llevar por emociones tan banales como la ira o la tristeza, al fin y al cabo ya se había acostumbrado a semejantes miradas. A su manera, *él también era una víctima*.

O, al menos, de eso trataba él de convencerse.

Por eso mismo estaba con ella.

Por eso mismo había deseado *salvarla*.

Quería dedicarle su corazón, quería que aquellas palabras que Sofía le dibujara alguna vez en un trozo de plástico en su habitación pudieran ser tan reales como los cuentos de aquellos héroes de las letras, que *el Migue* tanto admiraba.

Cometió el error de tratar de callar el recuerdo de Helena.

Trató de callar la advertencia de Katherin, esa que él consideraba sólo una ofensa en ese momento.

Si tan sólo hubiese sido real tal frase, esta historia sería, tal vez, algo completamente *diferente*.

Por siempre tuya...

... Te amo.

... Aún agradece aquel caminante del mundo que una de sus voces hubiera callado hasta el momento adecuado.

Desvarío.

Todo lo que llegara a suceder en aquella famosa red social era tomado como una certeza absoluta por parte de Sofía, quien jamás logró concebir alguna otra manera de entender la realidad.

Para ella todo lo que aparecía en su *bandeja de entrada* era más que real. Sólo tomaba una broma pesada bien puesta en su sitio para sacar de casillas a la pobre mujer, que no dudaba en poner el acostumbrado “grito en el cielo” cuando algo no le gustaba, sin importar su simplicidad o insulsa trascendencia.

Era asombrosa para Miguel la forma en que, por medio de lenguaje burdo y palabras tan simplistas como ofensivas, ella podía convertir una charla amena y divertida en un auténtico dolor de cabeza, sólo con opiniones insensatas que ella consideraba *la verdad*. Al igual que los tiernos y bromistas comentarios que podría extraer de su cabeza y colocar en su propia *página de perfil*, segundos después inclusive.

... O, como sucedía casi todo el tiempo, expresiones trascendentales, e intentos de ver *el significado de la vida en una cáscara de nuez*.

De cierta manera, el sufrimiento es elección, estoy de acuerdo. El tiempo y la persona que acusó tendrán que aceptar que aquella mujer sensible, desequilibrada, ridícula y extremadamente sentimental se convierta, se vista de valor, de fuerza, que sea la dama de Hierro que muchos temían...

Ser bueno no es sinónimo de ser idiota. Ser bueno es una virtud que algunos idiotas no entienden. Para algunos, con amor.

En la vida se debe tener presente esto: la única manera de salir adelante es fijando la atención en lo realmente importante, UNO MISMO.

Ser una persona con objetivos claros, estudiar primero y después formar, si hay de donde y con quien formar, un lindo hogar, claro está, si HAY CON QUIEN, si no, es mejor seguir el camino SOLO(A).

Cuidando la salud tanto emocional como física, es de suma importancia estar equilibrado en esto, porque si vas a ir al trabajo y caer como pollo al piso no sería tierno.

*Reconocer la **humildad**, que es una de las virtudes más grandes del ser humano, construir día a día con éxito lo que deseamos pero sin presumir que podemos llegar más alto que de enseguida.*

Y tener en cuenta que si a ese ser que has querido tanto ni te determina es porque encontró o siempre ha tenido alguien con mejores actitudes que tú y que tu vida a él le vale nada. Por eso, es mejor no aburrirse ni sentirse menos porque esa persona no mira, o no habla de tus intereses, porque es obvio que con los de él es más que suficiente y tristemente es así, o no tristemente, afortunadamente .. Por qué así te da la mejor lección del mundo, el de ser uno mismo y amarse por sobre todas las cosas. Y otras cositas mas pero... no quiero decir tantas cosas.. Feliz noche a todos!!!

Soy consciente de que debo aprender demasiadas cosas.

Una vez alguien me dio un consejo que no he querido ni podido olvidar nunca: no corras detrás de alguien que sabe dónde estás, ni siquiera por una exigencia moral. Cuando pregunté por qué debía ser tan radical con mi forma de actuar, lo que me contestaron me ha servido para abrir los ojos en muchos momentos de mi vida.

En primer lugar, me dijeron, ‘no corras detrás de nadie, ni siquiera detrás de ti mismo, porque nadie necesita a alguien detrás, necesita a alguien al lado’. Después, me afirmaron: ‘si ya no te aporta nada, déjalo ir porque si aún tiene algo que ofrecer a tu día a día, no hará falta que se lo supliques’.

Si entendiéramos que la solución a muchos problemas es decir la verdad, así nuestras mejillas se pongas rojas de la pena. Es mejor decirla, sentirla y expresarla. ¡¡Porque es muy maluco ser un idiota útil para esa persona y no un ser humano útil para la sociedad o para generar cambio!!

¡Ay del momento en que Miguel no contestara alguna de las cosas que decía ella en su espacio, al menos conversándolo con ella en privado! Aún hoy, él lo recuerda con amargura. *“Si no te interesa lo que pienso, es porque no te intereso, y si no te intereso, no tienes nada qué hacer aquí, ¿O.K.?”*, era la más pequeña de las respuestas que el pobre hombre podía recibir de ella. Luego, lo hacía público.

Y era peor si, por una u otra razón, él dejaba de escribirle un mensaje, al menos cada tres horas en el día regular. La discusión era *monumental*.

- ¿Oye, por qué no me has hablado? ¿Es que no te intereso?
- Cariño, no es eso...
- Si no te intereso entonces vete, no quiero perder mi tiempo.
- Pero, Sofía, si no te escribo es porque estoy ocupado. No puedo mantener mirando mi perfil, no tengo tiempo para estar pendiente de la pantalla de un disposit...
- ¿Entonces no tienes tiempo para mí?
- Nunca he dicho eso, no pongas palabras en mi boca, por fav...
- ¡Cómo te atreves! ¡YA BASTA! ¡Deja de ser tan soberbio, y tan prepotente y tan arrogante! ¿Cómo puedes pensar que yo me estoy inventando cosas? ¿Quién te crees que eres? ¡Yo siempre digo la verdad, yo soy una buena mujer!
- No puedo creerlo... Sofía, isólo déjame estudiar en paz!
- ¡Claro, ahora no te dejo en paz, ahora te salí a deber! ¡Pues ahora te dejo en paz!
- Sofía, tampoco es eso...
-
- ¿Sofía?
-

Luego, la reacción era pública, como ella solía hacerlo...

Solo el verdadero amor, así este con la agenda llena trata al menos de escribir un mensaje de buenos días, en días de invierno o en un imponente verano.

Y luego, cinco minutos después, los cambios súbitos de humor de aquella mujer *bizarra* atacaban de nuevo.

- ¿Estás ahí?
- Dime...
- Perdóname.
- La verdad, ya no sé de qué forma hablarte.
- No entiendo.
- Si te escribo es malo, si no lo hago también, si opino te molestas y si no lo hago es peor. ¿Qué... Cómo quieres que me comporte contigo?
- Sólo compréndeme, ¿O.K.?
- Eso intento, pero es tan difícil a veces...

Cualquiera que echare una ojeada a su perfil encontraría todo tipo de mensajes contradictorios. Algunos, de corte *político*, otros con un tinte *ambientalista*. Algunos replican frases de escritores de auto-superación, y así sucesivamente, pero de tanto en tanto se replicaban las mismas dos constantes.

Una eran fotografías de sí misma, con mensajes que poseían alguna suerte de idioma poético y mala gramática.

La otra, eran mensajes de reprimenda y odio. Y el objetivo, era si empre el mismo...

... John.

Y lo diré porque no me da temor publicarlo.... La gente ingrata, que abandona por que prefirió creer en terceros, sintiendo aun deseo por aquella persona, NO vale nada....que nunca luche por hacer sentir bien a la persona que supo quererlo con sus defectos, a este no se le llama humano... Siempre fue un lobo vestido de oveja.... John, tragedia de la que el alma de esa dama está salvada por completo.



Sin duda, un desequilibrio. Él lo sabía. Pero no lo inquietaba tanto como esa cantidad de detalles inevitables que podía notar cada día que pasaba a su lado. Como, por ejemplo, que su atuendo siempre llevara elementos repetidos. Desde los colores hasta algunas de las prendas. Ella, simplemente, no las cambiaba...

... Incluso, su ropa interior...

Sin embargo, algo sí cambiaba constantemente.

En la famosa red social tienes un espacio para ti, al que bautizas con el nombre que prefieras, al que le colocas la imagen que más te guste y el fondo que más te satisfaga. Este lugar es tu *perfil*.

Es normal que la apariencia de cada perfil cambie de vez en cuando, dando a entender el deseo de su dueño de renovar la información personal que quiere que sea expuesta.

... Pero... *¿Tantas veces en tan poco tiempo?*

Miguel llegó a pensar que Sofía cambiaba tantas veces su fotografía en aquella red social, como veces no cambiaba esos aspectos de su apariencia personal en la vida real.

Deja qué pensar. Y él, acostumbrado a escribir sus pensamientos en trozos de papel para su propia posteridad mental, no dejó de dejar plasmada su opinión al respecto.

*Ella, es un perpetuo laberinto
en medio del cual
las voces de aquellos susurros
disonan, se entrelazan
de maneras que, tal vez,
jamás podré comprender...*

*Un acertijo,
lleno de surcos,
callosas pieles
y miradas perturbadas,
acciones inconclusas,
incongruentes,
incomprensibles...*

*Frustrado,
enfrento mis demonios
con su sola presencia,
batallo de frente
contra la más ruin de todas
mis desdichas.*

*No sé cómo eres.
No sé por qué eres.
No sé...*

*Me entrego, de plano,
a la errática vacuidad
de mis actuales circunstancias,
te asumo, mujer digital,
toco tu fotografía de carne,
miro tus ojos cambiantes,
de sepia a gris,
de gris a verde,*

*de verde a ceros,
a unos,
a ceros...*

*No dejo de contemplarte,
en medio de tu vesania,
tu cuántica singularidad,
y por mi mente la ira y mis voces
por siempre han de recordarme
que sigues siendo la más ruin de todas
mis desdichas...*

*... El recuerdo de un memento,
disonante en mi cabeza
de maneras que, tal vez,
jamás podré comprender...*

Deja Vu.

“Miguel, ya no lo soporto más. Realmente lo intenté, pero definitivamente no puedo dejar de compararte con John. Te quiero, sí, pero no como tú lo quisieras. Lo lamento mucho, pero es mejor que terminemos...”.

Miguel bajó la cabeza. Entrecerró la mirada y dio un suspiro. Luego, esperó unos treinta segundos, en el silencio de su mente, rodeado de sus voces suspirando al unísono con él. Después subió la cabeza, miró la luna menguante que le daba algo de paz, parpadeó dos veces, y bajó la cabeza, mirando a Sofía.

“No te preocupes”, dijo con un aire de aparente tristeza. Aunque lo que le inundaba, en medio del humo de narguile, las charlas banales y los intentos desesperados porque la música del bar de siempre le llegara a toda la absurda cantidad de personas alrededor, era una completa frustración.

Porque sabía.

Ni siquiera se dio a la tarea de poner atención a lo que ella decía. Tantas cosas que había vivido a su lado en tan poco tiempo le daban una perspectiva más que suficiente de lo que ella quería decirle. Él sólo tenía que repasar en su cabeza un par de palabras en momentos específicos para saber dónde va el hilo de su discurso.

... Amo a ese hombre...

... Tu soberbia, y tu arrogancia, y tu prepotencia, no me dej...

... Cuando amo, me entre...

... Odio a ese hombre...

... Cuando alguien te diga la verdad, escú...

... Yo soy una buena mujer... Como por veinte-enésima vez...

... Amo a ese hombre...

“Tranquila, todo estará bien”, responde él, casi por inercia, en el momento exacto en que ella le dice “No me dejes”. *El Migue*, para su propia desgracia, había aprendido a predecir a su, ahora, ex-novia...

Después de unos segundos de suspiros silentes, Sofía le dio algunos segundos, mientras iba al baño luego de su café, para inhalar nuevamente el vapor de ese despiadado trozo de muerte, que ya había encendido y que iluminaba, rojas, las puntas de sus dedos.

No podía evitar sentir lástima de sí mismo.

Lo vi venir. Y seguí aquí.

No puedo creerlo.

¿Cómo pude ser tan estúpido?

No es la primera vez que le sucede algo como esto. Gloria, alguna vez, le hizo la misma *jugarreta*. La frase fue distinta, por supuesto, pero lo que quiso lograr era lo único que alguien que, si bien podía ser manipulado, era capaz de “*ver a través de las ilusiones*”, evitaba a toda costa.

- *Tú lo que quieres es que terminemos, ¿Verdad?*
- *¡Sí, Gloria! ¡Te lo había advertido, que no me la ibas a hacer dos veces!*

Cómo se arrepintió Miguel, en aquellos instantes en la mesa que tantas veces lo vio llorar por ella, así como con José, la voz de su conciencia, o con Gabriela, su compañera de tantas bohemias y lágrimas tardías de despecho, de haber despreciado a aquella **buena mujer**, en vez de haberla comprendido en su momento.

Tal vez sus destinos no estaban destinados a permanecer unidos, pero si hubiera actuado distinto...

... Si hubiera actuado distinto...

“¡Oye, te estoy hablando, pon atención!”. Las palabras de Sofía distrajeron a aquel pensador de sus propios recuerdos. No había notado que ella había regresado. Y, para su propia sinceridad, tampoco es que le hubiera importado.

Ya suficiente tenía con tener a Gabriela en otra mesa, con su punzante e hiriente mirada clavada sobre su cuello, cual si de un vampiro malhumorado se tratase.

- Perdóname, me metí en mi cuento por un momento. ¿Qué me decías?
- Te decía que no hay razón para que sigas peleando con *Gaby*, es una chica linda y me agrada, y ustedes se la llevaban tan bien...
- Ya te lo he contado, no sé por qué no me habla... Pero igual, si lo deseas, puedes preguntarle, está en la mesa detrás de mí.
- No, es que me da susto...
- ¿Por qué? ¿Es que te gusta, o qué?

Obviamente, ese último comentario era más una broma que cualquier otra cosa. Sin embargo, nada lo tenía preparado para lo que ella aprovecharía para decirle.

“A decir verdad, sí, a mí me gustan las chicas... Y Gabriela me gusta, pero como es tu amiga...”

Pasaron algunos segundos en silencio. Miguel es un hombre *de mente abierta*, pero no esperaba tal calaña de información, y menos en ese momento exacto.

Sin embargo, supo reaccionar.

- Vale, yo lo entiendo...
- Sí, yo sé que tú lo entiendes, lo que pasa es que el otro día estuve charlando con ella y nos despedimos de forma normal, pero me quedaron unas ganas tremendas de darle un beso y me daba pena, pero ahora que te lo he dicho me siento mucho mejor...
- ¿Ah?
- ¿Te molesta?
- No, claro que no, sólo que... Realmente, me sorprende, es todo...
- Igual quisiera saludarla...

Si alguien en el mundo podría entender realmente qué diantres estaba pasando en ese momento, era la amiga que él quería con toda su alma, y que *"lo odiaba a muerte"*.

Sin embargo, lo que realmente le heló la sangre fue lo que vino unos segundos después...

De hecho, no me lo vas a creer, pero Alma me gusta, me ha gustado desde hace mucho tiempo...

He tenido sueños eróticos con ella inclusive...

Lástima que haya decidido odiarme y destruirme.

De otra forma, todo sería tan distinto...



Calma.

Miguel se sentó en la cama de su habitación, en silencio, como siempre hacía cuando se daba a la tarea de reflexionar sobre los eventos ocurridos en su vida. Y no era para menos.

Al fin y al cabo, Sofía dejó en él más preguntas que respuestas, y era hora de que su mente divergente equilibrara la balanza.

Hay que pensar... Y mucho...

Y rápido...

... ¡Muy Rápido!

Como buen *pseudo-científico*, él fundamentaba sus análisis en los hechos, antes que en las meras conjeturas. De esa manera, debía llevar una secuencia, un orden lógico de ideas, eventos y conclusiones ante las cuales pueda deducir una afirmación contingente que, al menos para él, sea irrefutable.

Aunque lo cierto es que hace mucho que dejó de *sacudir así a su cabeza*. Por eso sabía que le iba a tomar tiempo, y que le daría una fuerte jaqueca.

Se preparó entonces, antes inclusive de entrar a su habitación: Cenó apropiadamente y concluyó sus tareas, al menos hasta donde más le permitieron su cansancio, sus voces y su prisa. Tomó su café de costumbre, oscuro y muy cargado, encendió otro cigarrillo y, papel y lápiz en mano, trató de comenzar su auto-disertación cuando Mateo le interrumpió desde la famosa red social.

Aquel joven caballero era, sin duda alguna, un caso excepcional para cualquier persona que se hubiese atrevido a conocerle. Había dado por descartado, casi durante toda su vida, cualquier tipo de interacción con cualquier tipo de sociedad existente para dedicar todos sus esfuerzos a la eterna empresa de perfeccionar su mente. En el transcurso del tiempo encontró en la ficción fantástica su única y permanente fuente de ocio, y en observar con detenimiento más fenómenos que la mayoría, por medios que incluso nadie imaginaria, su pasión constante.

Así, en ese inenarrable cóctel de equilibrios y desequilibrios, surgían pensamientos, deducciones, opiniones y perspectivas que, a la luz de cualquier mente, inclusive las más divergentes o extravagantes, resultaban difusos, increíbles, rayando con lo incomprensible.

Sin embargo, su actual interlocutor disfrutaba tales disertaciones. De esa manera, aquel peculiar individuo gustaba de manifestarle temas que, a la luz de quien fuere, resultaban triviales, pero solo dos *desquiciados* como él y Miguel podrían entender la profundidad y el sentido de tan *bizarros* tópicos. Ese es el secreto que permite que tan inusual amistad entre tan particulares personas pueda mantenerse, aún hoy en día.

Era justamente esa sabiduría, tan pocas veces encontrada y comprendida, la que *el Migue* tantas veces apreciaba y disfrutaba y que, ahora, como *caída del cielo*, llegaba para ayudarlo.

“No puedo creer cómo la película que mostraron en el canal 42 hace un momento puede ser tan fofa y gustarme tanto al mismo tiempo, seamos honestos, ¿cómo una historia tan magnífica puede tener efectos especiales tan absurdos y actuaciones tan patéticas y, al mismo tiempo, ponerte a pensar sobre tantas cosas?”, escribió para comenzar con el acalorado debate de turno. Iba a continuar con un texto aún más largo, pero Miguel lo interrumpió bruscamente.

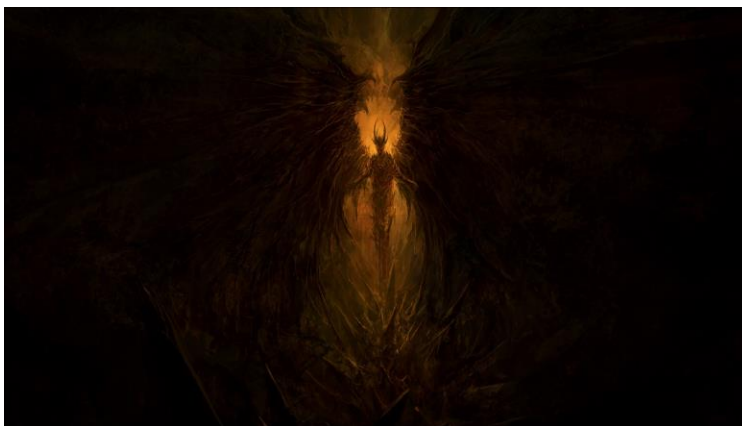
“Discúlpeme, *parcero*, pero estoy en este momento tratando de solucionar un problema... Aunque creo que me serviría una segunda opinión, usted es muy lógico y puede ver cosas que otros no... ¿Me ayudaría?”

Pasaron algunos segundos de silencio frente a la pantalla. Luego, la respuesta fue categórica.

- ¿Es por la chica que le ha escrito tanta *basofia* en su perfil últimamente?
- Exacto. ¿Me ayuda?
- ¿Qué necesita saber? Hágale, le ayudo...

Acto seguido, un agotado Miguel comienza la narración de los caóticos eventos que le habían tenido lugar. No escatimó, ni en detalles, ni en palabras, ni en eventos. Y era necesario, porque *el observador* debía tener la historia completa para poder entender todo aquello que estaba ocurriendo. Así, le contó *todo*. Todo lo que conocía. Todo lo que supo. Todo lo que llegó a vivir, inclusive aquellas cosas en tan turbulenta historia de las cuales no se arrepentiría, ni entonces, ni después.

La explicación se extendió hasta más de dos horas...



Hasta que, al final, como cualquiera de los poquísimos que han llegado a conocer a tan particular y brillantemente podría confirmar, él no pudo conservar la ínfima cantidad de paciencia que suele guardar para momentos como éste.

- Sí, *cucho*, como lo dice, estuvo siendo manipulado... Y aún está en ello. Pero déjeme adivinar. Quiere saber en qué es que está metido, ¿Verdad?
- Efectivamente. Gracias por ponerme atención. Ahora sí, diga lo que tiene que decir.
- Bien, para comenzar, hay que poner en orden la balanza para poner en orden la balanza. ¿Me hago entender?
- Claro que sí. Establezcamos la lógica de todo esto.
- Precisamente. Primero, analicemos los hechos. Segundo, analizamos las declaraciones de los diferentes "testigos", comparándolas con las experiencias propias, luego uno aplica a esto las afirmaciones de Sofía y compara con los hechos, y ahí uno debería darse cuenta de por dónde va el rayo al agujero negro...
- Vale... Entonces, comencemos: Recordemos que, desde el principio del contacto conmigo, había pasado una semana desde la terminación con John. Luego de esa amistad llegó la foto, a la que todos reaccionaron con rechazo y asco. Después, surge el evento de ella mandando el mensaje que alerta a la cuasi novia que tenía en aquel momento. Luego termino con Helena y comienzo una relación de pareja con Sofía y algunos terminan de *mandarme al carajo*, luego otros lo hacen y me quedo con poquísimos amigos, lo que me recuerda darle las gracias por no abandonarme en todo esto...
- ¡No se distraiga, *cucho*! Siga la secuencia.
- Está bien, está bien. Luego de eso comienzan los indirectazos de rechazo cuando la llevo a la universidad... Y ahí vamos.

- De acuerdo, digamos que, en principio, sí parece que ellos tienen algo en contra de Sofía, pero no explicaban razones ni lo contactaban, *cucho*, así que ahí hay una **duda razonable**.
- ¡Justamente! Eso me ha mantenido hasta ahora en la mitad, porque tengo que averiguar...
- ¡Que no se distraiga!
- O.K. Continuemos... Bien, luego de que me quedo casi solo, aparecen las vivencias con Sofía, los mensajes contradictorios en su perfil, en su ventana de chat conmigo, las historias fantásticas y casi de horror que me ha contado, todo lo que dice que John le ha hecho junto con sus amigas, como una serie de acciones macabras o algo así...
- Claro, y los “Autobots” están hechos de aluminio, y su sangre es de aceite Texaco, ¿No? Pero no nos distraigamos, *cucho*. Continúe.
- También están las salidas con ella, siempre al mismo bar, a la misma mesa, en los mismos horarios, los mismos puntos de encuentro, las mismas rutas... Son patrones, conductas repetitivas...
- Exacto... ¡Precisamente! Entonces hay que separar lo que es realista y lo que no, empezando por lo más básico, que son las secuencias repetitivas, seguidas de los mensajes contradictorios, desde ahí las historias fantásticas y “de horror” son simples de deducir.
- Entonces, las conductas repetitivas indican...
- JAJAJAJA, Qué se yo, no soy psicólogo... Mentiras, hombre, indican una de dos: Una manía o un comportamiento prefabricado. ¿Cuál de los dos? Eso se sabe con los mensajes contradictorios. Ahora analicémoslos, para comprobar esa pregunta y los datos anteriores.
- Los mensajes contradictorios son que, por ejemplo, ella adora la libertad mientras que siempre se apegas, tanto así que pide y *exige* mensajes, llamadas y compañía constante, o que asegure disfrutar la conversación pero es implacable cuando le llevo la contraria, o que odia la soledad, pero siempre ha gustado de ella según sus propias palabras... Además de los mensajes esporádicos, los aparentes sinsentidos...
- Espere, espere. Creo que hemos olvidado algo que me parece sumamente importante: ¡El amor y el odio que le profesa a John! Veo algo muy... *obsesivo* ahí...
- Exacto...
- Luego llegamos a donde estamos ahora: Quiere estar con usted pero no, porque John, pero no quiere que usted la deje, pero no pueden estar juntos por John, a quien quiere que usted prometa y jure que va a *hacer pagar*... Porque ella lo ama... Pero lo odia... Digo, ¿WHAT? No, pues Gokú es el mejor Pokémon de la aldea de Konoha cuando se transforma en un camión rojo, ¿No?
- Si, ahora lo veo... Es absurdo...
- Otra cosa, y tiene que admitirla, es la siguiente: Aún si no hubiera ningún sinsentido ahí, el hecho es que, en la mitad de la relación, usted no era feliz, ¡Así de simple!
- Explíquese...
- ¿Qué, no leyó su propio discurso? La mitad era usted, contento y todo por no estar solo, pero la otra mitad era la “rutina” con la conversación y los estados emocionales... Y los mensajes, y ella encima...
- Y ella haciéndome llevarle a todas partes, y desesperada porque yo le dijera que la quiero, y con que yo esté dispuesto a hacer lo que sea, incluso destruir a mis amigos por ella...
- Ajá, continúe, va bien...
- Y confirmando que estaré ahí siempre, sin importar cómo o cuántas veces me aleje y me acerque...
- Siga...
- Y buscando que siempre le crea... Y que siempre esté de su parte...
- Y que sólo ponga en su mente *una verdad: LA QUE ELLA QUIERA*.
- Y que pueda pelear con quien sea por defenderla...
- Si... Lo vió, Miguel, ¿Verdad?
- Ay, me lleva...
- Dígame, *Migue*, ¿Qué ficha es en este juego?

“¿Qué ficha es en este juego?”

Miguel bajó su teléfono y lo puso en su regazo. Lentamente, en su silencio, la pantalla se fue atenuando hasta que se fundió con la oscuridad. Luego, aquel hombre turbado miró la barrera de madera que le impedía tocar las estrellas con sus ojos y, como si nunca hubiera existido, pidió perdón a sus dioses por el cinismo de haber necesitado de tres mentes diferentes para hacer lo que debió haber logrado por sí mismo desde hacía tanto tiempo.

Luego, bajó un poco la cabeza...

... Entrecerró los ojos...

... Y sonrió lentamente...

Conocía la respuesta.

Jaque.

“¿Migue, estás ahí? *Te necesito*”, decía Sofía una soleada mañana de jueves, por medio de la ventana de conversación de costumbre.

“¿Qué sucede, Sofía, qué pasa?”, respondió Miguel, que se encontraba en medio de su clase matutina. Sin embargo, ya no le sorprendía que ella le mandara mensajes intempestivos. Después de todo, él ya había aprendido a conocer *sus patrones*.

Además, *él lo sabía*. Había llegado el momento.

Tu turno.

- Mira, Miguel, a mí trátame bien, ¿O.K.? Eso, primero que nada; además estoy demasiado molesta, estoy bastante triste. No puedo soportarlo...
- Pero dime, Sofía, ¿Qué sucede, qué pasa? Porque si no necesitas nada concreto yo me desp...
- ¡Estas tipas me han colmado la paciencia y quiero acabar con este asunto de una buena vez!

Negras: Da6

- Pero, cariño, ¿Qué te han hecho?
- Me han insultado nuevamente, Miguel, ¡A *mí*! Se atrevieron a tratarme de *zorra* una vez más. Yo soy una buena mujer. Ya no lo soporto. ¡YA BASTA!
- Vaya. Lo siento mucho. ¿Qué ayuda deseas de mí?

Blancas: Pf6

- Voy a demandarlas. Te lo conté alguna vez, ¿recuerdas?
- Sí. Claro que sí.
- ¿Cierto que van a pagar?
- Si deben hacerlo y la ley lo aprueba, claro que sí.

Negras: Tc2

- Necesito tu ayuda, tú aún estás en contacto con ellas dos. Con ambas...
- Sí, aún estoy en contacto con ellas...
- Vas a ayudarme entonces. ¿Cierto que lo harás?
- ¿Y Alma? Se supone que te gusta, ¿No? ¿No crees que perderás tu oportunidad con ella si haces esto?

Blancas: Pxb3 – Toma alfil.

- No, eso no me importa ahora. Solo quiero que paguen.
- ¿Y Katherin? ¿No te parece que puedes arreglarlo pacíf...
- ¡NO ME IMPORTA, MIGUEL, BASTA!
- Oye, pero cálmate, ¿Quieres?
- ¡NO, SOLO QUIERO QUE PAGUEN!

Negras: Tg4

- Pero ¿Qué culpa tengo?
- ...
- Exactamente. Ahora, por favor cálmate. Estoy para ti, te estoy escuchando ahora.

- Vale. De acuerdo, está bien. Pero tú sabes que soy inocente. ¿Cierto que tú sabes que *yo soy una buena mujer*?
- Claro que sí.

Blancas: Pf7

- Ahora, ya me has dicho que te insultaron de nuevo y que te están calumniando...
- ¡Pero no es cierto! ¡Me están calumni...
- Ya lo sé, corazón. No te preocupes por eso que yo sé que eres inocente.
- Gracias, amor. No sé qué haría sin ti.

Negras: Ta2

- Pero entonces, me dices que quieres demandarlas, supongo que por difamación, ¿Verdad?
- Si. Eso quiero. ¿Cierto que me vas a ayudar?
- Dime en qué necesitas que te ayude.
- Quiero que te consigas pruebas para demandarlas. Que les hables de mí y que, cuando estén respondiendo con sus insultos y sus calumnias grabes las conversaciones. ¡Quiero que me ayudes a hundirlas hasta el cuello! Lo harás, ¿Cierto que lo harás?

“Lo harás, ¿Cierto que lo harás?”

La sonrisa de Miguel se acrecentaba con cada momento que corría imparable en los recodos de su mente. Sus dedos temblaban sobre el teclado y sus ojos eran presa del miedo y de la euforia.

Se tomó unos cuantos segundos para disfrutar cada bocanada de aire fresco y puro que, sin cigarrillos en sus dedos, pudo disfrutar por primera vez desde que, hacía ya dos meses, había comenzado semejante quimera. Debía controlar la inconmensurable ansiedad que ahora le embargaba, casi al borde del fracaso.

Sus voces estaban en silencio. Y también él.

“Miguel, ¿Estás ahí? No me dejes hablando sola, ¿Quieres?”

Aún no se atrevía a presionar una sola tecla. Eran tantos los sentimientos encontrados... La ira... El dolor... La tristeza... Las lágrimas... La frustración...

... El silencio...

Hasta que, de pronto, de los abismos de su cabeza desorbitada, una de sus voces exclamó en un grito desaforado, con la forma de un recuerdo irrefutable, el mismo que le hizo *despertar de su pesadilla*.

Gabriela...

¡AHORA, MIGUE, HAZLO AHORA!

- No.
- ??
- Estás sola en esto.
- ¿De qué estás hablando?
- No te ayudaré más. Aquí acaba todo.
- Miguel, ¿Qué...
- Estás sola en esto, Sofía. Buena suerte...

***Negras: Pf8 – Cambiar Peón por Reina.
¡JAQUE MATE!***

Sofía no podía creer lo que veían sus ojos en la pantalla de su computadora. No había forma sencilla en que pudiese entender lo que acababa de ocurrir.

De un momento para otro, su *ardid* estaba fallando.

No, pero, ¿Cómo?

Cada que trataba de escribir algo para intentar contrarrestar lo que su *peón* había acabado de desatar, algo en su mente la detenía.

Pero es mío. Tiene que ser mío. ¡MÍO!



Hasta que, al fin, logró digitar algo en su teclado. Su ventana de conversación mostró rápidamente lo que quería decir.

- Pero, espera. ¿Cómo que estoy sola? ¿No me vas a ayudar? Me lo dijiste...
- Estás sola en esto, Sofía.
- Pero, ¿Por qué? No, no me dejes...
- No te he dejado. TÚ LO HICISTE. ¡Y DOS VECES!
- Pero tú sabes por qué lo hice...

- Sí, lo sé, y ahora no quiero volver.
- ¡YA BASTA!
- Poco me importa que te baste. Estás sola en esto, Sofía. Buena suerte.
- ¡Miguel!
-
- ¿Miguel?

En un instante, la sensación en su cabeza se convirtió en una afirmación irrefutable. Su mayor terror se hizo una profunda realidad, que ahora la golpeaba con demasiada fiereza como para pasar inadvertida.

Pronto lo entendió. Pudo verlo en su mente, con ayuda de su bien desarrollada imaginación. De pronto, el pequeño hombre que había dominado y encadenado rompió su presidio y se levantó con tal firmeza, que la tierra tembló bajo sus pies. Ahora era un gigante, y la miraba desde las alturas, desde lo alto de una majestuosa montaña. Y sus ojos no se mostraban agradables.

Ahora, ella era la pequeña.

Lo sabe. ¡Mierda, lo sabe todo!

Rápidamente, sus pensamientos empezaron *a atar cabos*, tratando de encontrar una respuesta a tal contravención a sus planes. Comenzó a enlazar las concordancias, las palabras que su *mano del destino* ahora le dedicaba. Las coincidencias, los tiempos...

Él.

Pronto, lo vio de nuevo, en la montaña que la aterró adentro de su cabeza.

Detrás de la sombra del que ahora era un gigante, unos ojos rojos y brillantes se manifestaban. Una silueta cobraba forma, y todo en su cabeza cobró sentido.

Había una torre adicional en el tablero. Un jugador que Sofía había pasado por alto. No estaba detrás de nada, pero fue parte del juego, y lo cambió todo, sin que siquiera pudiera darse cuenta de ello. Y tampoco ella.

John.

El Juego.

Durante algunos minutos, Miguel contempló con calma la forma en que los colores del monitor frente a sí le denotaban el silencio de su interlocutora, luego de la inesperada debacle que le ocasionó.

Por primera vez en meses, sus voces permanecían en silencio. En la soledad de su cubículo, aún sin terminar su clase de aquella mañana de jueves, marcó un sutil mensaje que, con gran contundencia, fue entregado a la mujer que tan dantesco episodio le había hecho vivir.

Su sonrisa seguía siendo leve, casi macabra mientras su pantalla no exhibía movimiento alguno.

Tal fue su satisfacción al haberselibrado de tan platónica pesadilla, tal su respiro de alivio, tal su ignominia, que no cayó en cuenta de que su mentón se había levantado un tanto, mientras la ventana de conversación, en aquella famosa red social, dejaba ver cómo aparecía y desaparecía, una y otra vez, casi de forma compulsiva, un recuadro con una suerte de puntos suspensivos. Él sabía lo que tal cosa significaba, y también tenía claro el contexto de aquel conocido fenómeno.

Sofía trataba de escribir algo, pero no sabía, ni cómo, ni qué.

Mientras tanto, él comenzó a introducir aire en su, ahora potenciada, caja torácica... *Muy lentamente.*

“Miguel, ¿Tiene algún aporte que dar?”. Las palabras fuertes y sabias de su profesor hicieron que su rostro cambiara rápidamente de dirección. “Disculpe, ingeniero, me distraje un segundo... La matriz necesaria para construir la memoria debe ser un tanto más grande de lo necesario para evitar errores de desbordamiento de memoria, pero solo lo suficiente para no desperdiciar recursos de la máquina”, respondió el estudiante con inusual serenidad, con tan perturbadora frialdad que dejó en silencio a su maestro por unos cuantos segundos.

Luego, volvió a mirar la pantalla de su computadora. Adoptó nuevamente la posición que sostenía unos instantes atrás y, después, puso sus manos detrás de su nuca.

Retomó esa bocanada de aire que había perdido con su académica respuesta. Y, luego... Tan lentamente como podía, en medio de una débil sonrisa, *exhaló.*

Quien desconociera sobre su bizarra vida, diría que *el Migue* estaba siendo macabro, incluso... maligno. Pero él era una mente divergente. Y sólo saboreaba de esos instantes, antes de continuar con su día.

Sí, él ya se había preparado para esto. Y ahora solo le quedaba disfrutar el momento.

Comenzaron a pasar en su mente imágenes, una tras otra. Pequeñas piezas de información en secuencia. Una retahíla con coherencia. Una elegía a un plan inesperado, fruto de una matemática serie de deducciones.

Aquel hombre no podía estar más satisfecho. Sentía que había calmado, por fin, a sus voces. Sabía que había deshecho el daño que consiguió infringir en aquellas personas que tanto le importaban, y no le interesó en lo más mínimo que tal mal se hubiera propinado de forma tan inconsciente.

Todo comenzó con esa noche, luego de aquella sabia conversación con José. En la soledad de su cama, en medio de los gritos desesperados de su mente, las lágrimas se revolcaban dentro de sus ojos. Tal fue la sensación de humillación que embargó su conciencia que, sin vacilaciones ni reparos, todos aquellos constructos que habitaban su cabeza se pusieron de acuerdo, por primera vez en años.

Había una verdad y una mentira. Y él... Había creído en la equivocada. Peor aún, **había actuado al respecto.**

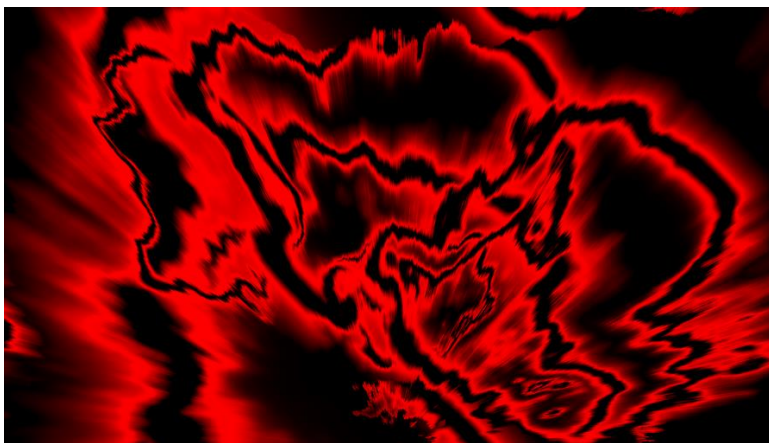
Aquella mujer sólo le enviaba verdades a medias, le vendía cuentos de hadas para convencerle de que era una víctima en una siniestra conspiración para destruir su vida y que, las mentes maestras detrás de todo esto, fueron Katherin y Alma. Ésta última, según aquellas historias, quería recuperar a su ex-novio a toda costa y no le importaba nada en lo absoluto. Así que decidiría arruinar la reputación de la novia actual, para que terminara siendo blanco del odio de su novio, la familia de él... Y todos los demás. Y, así, *tener el camino libre* con el amor de su vida. Su mejor amiga, Katherin, le ayudaría en tan maligna empresa. Lo cierto era que Alma, aquella mujer normal, únicamente conservó de su ex una entrañable amistad, que se mantiene fuerte y en construcción, incluso hasta la actualidad.

Luego de tan impactante historia, decidió reforzarla con otras, en las que ella era victimizada de las peores maneras concebibles, y por todos y todo lo que ella conocía... Tal sería la sorpresa del *Migue* al deducir que, el *secuestrador* de quien había recibido tan malos comentarios realmente la llevó a su casa, en tierras lejanas, para cumplir el deseo de ella de irse a vivir a su lado, sólo para salir cada noche, volver a horas indeterminadas a casa y, no conforme con eso, consumir un número indeterminado de actos de infidelidad entre salida y salida, razón por la cual decidió encerrarla en casa por su propia seguridad; o que el hombre que ella acusaba de tratar de *violarla* sólo era un ex-novio que logró evitar sucumbir ante las insinuaciones y desnudos de aquella mujer desequilibrada; o que la anemia, simplemente, no se convierte en leucemia de ninguna manera, ya que ambos males, aunque sanguíneos, llegan a una persona por razones absolutamente diferentes.

Para, como un *grand finale*, aseverar que seguía siendo torturada y atacada por las mismas personas, ahora en compañía de quien fuere el *amor de su vida*, e incluso manifestar su deseo de tomar represalias...

“¿Cómo pude ser tan estúpido?”, pensaba Miguel en medio de su ira, aquella noche sobre su cama, aún con su almohada húmeda y salada en medio de la oscuridad.

Su error era más que evidente. *Primero es uno que dos*, y él decidió, tal vez por su espíritu de servicio al querer *salvarla* del mal que la aquejaba, o por haberle recordado ella los álgidos tiempos de desavenencia y matoneo que había vivido en su más tierna juventud, descartar su vocación de ciencia y, en vez de encontrar evidencia de aquellas fantásticas historias, creer en la mujer que *le ofrecía su corazón*.



“Cuán estúpido fui...”, repasó él en su cabeza, mirando hacia el vacío. Desvió sus ojos a la izquierda por unos instantes. La tarea que se había solicitado estaba plasmada en el tablero, frente a todas las computadoras de la sala. Él ya la tenía hecha. No le preocupó.

Pero, al ver que había perdido al objetivo de su compulsión, Sofía ahora necesitaba otra manera para estar en la vida de *su amor*. Así que comenzó a buscar entre su círculo de amigos, conociéndolos, uno a uno, y acercándose a sus corazones de manera sistemática, contándole la misma sarta de historias a cada uno de ellos. Una secuencia sombría en la que John, su amigo entrañable, era un villano del que había que alejarse.

La amistad es un baluarte que pocos conocen y menos aún saben entender o expresar. Sin embargo, Miguel contaba con la gran ventura de tener más de un amigo. Y, sin embargo, supo vulnerar tal lazo al haberle creído, antes que a su amigo y mentor, a la mujer que, de salto en salto, dio con él, quien, pese a profesar que era dueño de *la voluntad de la montaña*, cayó como un idiota...

... Y, además, se atrevió a defenderla y atacar a todos a su alrededor, quedándose solo, como ella quería .

Fue el más débil. Y nunca volvería a dejar de dolerle.

Lo siguiente, al encontrar *su presa*, fue encajarse en un punto donde todos quisieran irse, de la forma más hiriente posible, sin perder su sentido de sutileza. Y encontró la oportunidad perfecta, en manos del mismo incauto. Dos fotos que podían dejar mucho a la imaginación, aunque tomadas de forma inocente, harían mella en los corazones e hígados de las personas a quienes más les dolía que el ardid de aquella chica persistiera. Mientras tanto, el pobre hombre seguía enceguecido por las palabras de aquella *buena mujer*, que había previsto el momento acusando a todos aquellos que exclamarían a los cuatro vientos su desaprobación, de que lo harían sólo para continuar sus pretensiones de destruir a la chica que él estaba buscando...

El resto era cuestión de paciente espera, excepto por un cabo suelto que aún faltaba por desaparecer: Gabriela. Y, aunque le tomara mucho tiempo, supo abordar el asunto en el momento de su segunda terminación. Fue fácil, ellos dos ya estaban peleados cuando ella tomó cartas en el asunto. Solo debía *asegurar la situación*.

Si no podía tenerle, la vida de John sería imposible. Así, habiendo proclamado su victoria, comenzó la última preparación. Sofía necesitaba alguien que pudiese atacar directamente a *su verdadero objetivo*, y para ello necesitaba que Miguel pudiera hacer lo que ella le pidiera, sin miramientos ni réplicas, cuando se tratar a de él. Entonces decidió poner al corazón de quien había conquistado *entre la espada y la pared*. Una pizca de fragilidad en su unión era todo lo que bastaba. Además, para *asegurar el golpe*, sólo debía echarle la culpa de tal fragilidad a su amigo.

Un *estupidizado* Miguel había caído en la trampa.

Sin embargo, se necesitó dos mentes adicionales, Aria y Mateo, para que Miguel pudiera ver a través de tan maligna estrategia, en la cual él era una pieza más. Su *insano* amigo se lo preguntó, “¿Qué ficha es en este juego?”, y la respuesta era obvia.

Es una planeadora. No una ejecutora.

Para ese momento, había recibido una señal, oculta entre líneas, a simple vista. ***La verdad nos hará libres***. El mensaje de John era claro, y entonces el contraataque comenzó a gestarse. Aparentemente simple, la encomienda que había surgido era tan cristalina como compleja en sí misma: *Averigua la verdad, busca e investiga y, cuando llegue el momento, sabrás que hacer por ti mismo. Entonces, seremos libres.*

Cada historia, como tinta en el agua, empezó a deshacerse al conocer la verdad de boca sus protagonistas. Fueron muchas las conversaciones, varios viajes y cientos de momentos en que, humilde, Miguel tuvo que bajar la cabeza y aceptar en silencio las causas y las consecuencias de su propia e inigualable sandez. Mientras tanto, ante la mujer que aún creía tenerlo bajo su dominio, él seguía dando pasos, uno a la vez, en pos de la artimaña de una insalubre Sofía, que mantenía sus ojos entrecerrados y su leve sonrisa, creyendo *per se* que era, con tan destructivo obrar, *una buena mujer*.

Y, para poder salir a la luz, Miguel debía *abrazar un poco la oscuridad*.

... Y eso no lo enorgullecía.

Sin embargo, ella debía manipular un poco más a su actual “*amado*”, para asegurarse de tenerlo completamente en su poder. Era fácil, sólo había que recordarle que, si no estaba cómoda con lo que él hiciera por ella, se iría, y su “*ex-amigo*” sería el culpable. Así, repitió la estrategia anterior para lograrlo.

Aunque, para entonces, era demasiado tarde. *Él ya sabía*.

En el momento indicado, y sin que John lo supiera, Miguel *hizo la tarea*. Se encargó, usando e incluso manipulando a otras personas, de que llegara la información suficiente a su amigo, razones que pudieran confirmarle una afirmación contingente que, ahora, era irrefutable...

¡ES UNA MENTIROSA!

Luego, solo quedó esperar... Hasta que el mentor de quien fuere artífice de tanto dolor hiciera su movida. No había que comunicarse. Sólo había que tener paciencia, él haría el siguiente movimiento... Y, una mañana de jueves, mientras ella seguía intentando que él regresara a sus brazos, *se soltaron las bombas*.

John acusó directamente a la desprevenida mujer de lo que él ahora sabía, con las historias correctas para justificar los cargos que le manifestaba. La sorpresa que ella, al ver cómo su propio plan era restregado en su rostro, debió experimentar, no tendría comparación.

Aun así, Sofía aún contaba en Miguel con un as bajo la manga. *Un soldado fiel...*

... O, al menos, **eso** creyó.

Sí, ella lo había convertido en un *peón*. Y Sofía dio su paso en falso al no entender el verdadero potencial de tan importante ficha.

“Ay, Sofía, Sofía... Persistes caminando por la vida pretendiéndote perfecta hipnóticas miradas, tu filosofía barata y tus ínfulas de princesa, pretendiendo castigos divinos donde sólo existe la historia, y la ignominia propia de un espectro, un fantasma sin dueño, buscando cabida en una mente tan deshilachada que requiere aprobaciones ajenas para dar sentido a lo que cree que es alguna suerte de existencia...”, declamaba él para sus adentros mientras sus compañeros se despedían y abandonaban el salón de clases, aquella mañana de jueves.

Habiendo satisfecho la tan anhelada sensación de liberación que tal partitura magistral pudo lograr, decidió levantarse, acercarse a la cafetería más cercana, y tomarse un café mientras, con un cigarrillo encendido, contemplaba el mediodía agitándose entre las copas de los árboles que, a las malas, cedían espacio a los caminos y las personas que habitaban su alma mater.

... Un silente grito de victoria...

Y, contento con tal decisión, volvió a fijarse en la computadora frente a sí, con la intención de cerrar su sesión en la famosa red social, para luego apagar la máquina... Pero, de pronto, un mensaje sin leer lo detuvo en seco.

Sofía, aún desde el, limpiamente sucio, suelo en que había quedado, tenía una última mordedura que dar.

Colmillo Roto.

“Mira, Miguel, yo sé que he sido demasiado cruel contigo, pero quiero que entiendas que no permití que te acercaras porque no sabía si debía acercarme a ti. Simplemente tenía mucho miedo, y quiero que entiendas que no fue por hacerte un mal, *yo soy una buena mujer*, ¿Recuerdas?

No te merezco, lo tengo claro. Pero quiero que entiendas que hay algo en mí que no había descubierto hasta ahora... Pero ya lo he hecho, lo tengo tan claro que me ha *golpeado en el alma*. Por eso era... No quería tenerte cerca porque no quería aceptarlo, pero ahora lo acepto, lo abrazo con orgullo...

... Lo cierto, lo que siento...

ES QUE TE AMO, MIGUEL, ¡TE AMO!

Ya me he decidido, quiero que seas mi novio, ¡Al diablo con John y sus intentos de destruirme, al carajo con sus amiguitas, tú fuiste y eres un hombre de verdad... Quiero estar contigo, sólo contigo, Quiero que seas mi novio!”

...



Viernes. 12:00 P.M.

Atrás de una de las Academias de Aquella Famosa Universidad, un campo lleno de árboles pequeños y grava mediana está tan alejado del bullicio, y tan cerca al mismo tiempo de la Madre Tierra, que se torna un lugar de exquisito valor para las personas que quieran almorzar en paz, disfrutar de sí mismos... O sostener las mejores conversaciones al son de aire puro, agradable luz de sol y melodías inconclusas y, a veces, destempladas.

Y era justamente esa tarde en la cual se encontraban dos entrañables amigos perturbando la paz de tan agradable sector con sus risas.

“En serio, ¿Eso te dijo?” Preguntaba Aria, apenas pudiendo articular palabras entre carcajada y carcajada. “¿Puedes creerlo?” Respondió Miguel, con una sonrisa moderada, mientras su espalda descansaba recostada en una de las palmeras del lugar, al tiempo que acercaba una cucharada de su casero menaje a la boca.

Y es que, de cierto, aquellas últimas palabras eran increíbles, aún para la menos avezada de las mentes que conocieran tal retahíla.

Ahora resultaba que Sofía se tornaba perdida y súbitamente *enamorada* de Miguel, y se lo decía apresurada, por el medio que más frecuentaba, en el momento exacto en que él la dejaba luego de descubrir tantas y tantas mentiras.

“¿Y qué le respondiste?”, inquirió la chica, con algo de morbo entre su curiosidad.

“‘Adiós, Sofía’. Eso le dije, luego cerré la ventana, cerré sesión y apagué la máquina”, respondió él, tan apacible como siempre.

“No puedo creerlo. En serio, ¿Hasta ese extremo pudo llegar? Digo, no puedo creer en cabeza de quién podría haber algo así. Es que, aunque fuera cierto...”

“Nadie lo creería, ¿No?”, respondió apaciblemente Miguel, completando entre pequeñas risas la frase de *su más sabia amiga*. Y era cierto. Sencillamente, no había forma de creer en semejante retahíla de falacias, y menos... Ahora. La última treta de Sofía fue detenida, y con eso todo su juego fue develado. Ahora él y, más importante aún, su amigo, se habían quitado *ese problema* de encima, y tenían lo que habían deseado desde hacía mucho tiempo. Era momento entonces de celebrarlo, y qué mejor manera de lograrlo que conversán...

“¡Compañeros!”, exclamó una voz en la distancia, distrayendo la rápida mente de Miguel, al igual que sus ojos...

Al ver de quién se trataba, se levantó rápidamente y, con pasos pausados, se acercó a quien llegaba a ellos. Al verse cara a cara, ambos hombres levantaron sus brazos y sellaron el final de tan traumatizante odisea con un abrazo fraternal.

Aria sonreía con satisfacción. Ya era hora de que *esto* sucediera.

“Buen juego”, dijo Miguel, en la forma de un susurro orgulloso, al oído de su interlocutor.

“Bien jugado”, respondió John, con una voz pausada y satisfecha, al hombre que lo abrazaba con fraternal cariño. Por fin su *pandemónium* había concluido.

Mientras tanto, en otra parte de la ciudad, un grito, voraz y furibundo, desgarraba el aire alrededor y retumbaba sobre los cristales de un pequeño apartamento.

¡MALDITOS! ¡MALDITOS SEAN TODOS!

Las lágrimas de Sofía surgían pausadamente de sus ojos entrecerrados. No había sonrisas.

Se le fue el hombre que deseaba con tanta obsesión, también al *soldado* que había reclutado para recuperarlo, o destruirlo en su defecto. Todo, en una sola mañana.

Había perdido.

Revoloteaba por las inmediaciones de su habitáculo, perdida en su propia furia. Y un susurro, que se repetía en su propia soledad, y hacía eco en el vacío, hizo que se recostara sobre su cama destendida, con las piernas recogidas entre sus brazos, y sus ojos desvariando entre la ira y la tristeza...

Yo soy una buena mujer... Yo soy una buena mujer... Yo soy una buena mujer... Yo soy una buena mujer... Yo soy una buena mujer... Yo soy una buena mujer...

Su plan había fracasado. Y su futuro... Sería incierto desde entonces.

Catarsis.

Caminaba a casa aquella tarde, cuando algo tocó su rostro.

Giró su cabeza, atendiendo el llamado de quién sabe qué fuerza, y entonces vio el resplandeciente sol del atardecer colándose entre los edificios, bañándolo de un dorado amarillo...

Continuó su camino un par de calles más hasta que encontró un banco donde pudo sentarse, presa del sudor en su frente y de la hermosa imagen que le develaba el horizonte.

Metió su mano entre su bolsillo, y sacó el asfixiante paquete que, ahora, era la única adicción que le interesaba. Tomó un cigarrillo entre sus dedos y, con su viejo y desgastado encendedor, comenzó a quitarse unos segundos más de vida mientras los recuerdos continuaban invadiendo su agotado cerebro.

Aspiró del desagradable sabor y, aun contemplando el sol desapareciendo en el horizonte, exhaló el humo lentamente.

Sonrió.



Ante sí, una a una, las imágenes le daban recuerdos de cada cosa que había ocurrido en los más de tres meses desde que comenzó tan dantesca aventura.

La solicitud...

La primera conversación...

Las fotos...

Las discusiones...
 Las personas...
 Las historias...
 Los amigos...
 Las lágrimas...
 Las pérdidas...
 Ella...

Sofía...

Un solo pensamiento rondaba recurrente en su cabeza. Una sola pregunta contingente cuya respuesta aún no llegaba.

¿Por qué?

Tal interrogante no era por los motivos de ella para sus acciones. Eso era bastante claro, para todos. No. Eso no era lo que le aquejaba. Su pregunta era, por mucho, más profunda.

¿Por qué pasó esto? ¿Por qué a mí? ¿Por qué?

El sol seguía bajando por detrás de las montañas, en medio de un cielo anaranjado, y luego violeta. Los pájaros adornaban el aire entre los edificios y las chimeneas. La luz se filtraba por los agujeros que las paredes ofrecían, y todo llegaba a los ojos de Miguel, quien seguía humeando, relajándose a cada momento.

Era un hermoso atardecer. Incomparable.

Un hermoso regalo de los dioses, del Cosmos, de ese exquisito *Dharma* que le daba un momento de paz y reflexión, mientras que el resto del mundo seguía con su camino sin percatarse del ardid que, bajo sus narices, había ocurrido.

Al final, él entendió.

La vida se encarga de darle a cada quién las lecciones que merece y necesita. Y nadie podrá sacarle de la cabeza la impresión ineludible de que tan terrible pesadilla con tan inimaginable alma oscura, para bien o para mal, resultó ser un producto de la causalidad, de ese infalible “efecto mariposa”, que se encargó de cobrarle sus cuentas por todo el daño que había infringido en tantas personas a lo largo de su trasegar...

En especial... A ella...

A Gloria, *la mujer de su vida*.

Tal vez sea un “Perdóname” que jamás llegue a su destino...

Bajó entonces la cabeza, expresó para sus adentros lo que sentía y, con un suspiro, pensó en el rostro de aquella mujer que, ahora, resultaba tan lejana en su cabeza. Así, dio las gracias, no solo por la lección aprendida, sino por haber despertado a tiempo de tan desgarrador sueño.

Aunque nunca hubiera deseado tener que aprender esa verdad, *de esa manera*.

Sin importar sus motivos, sus justificaciones o cualquier filosofía que consiguiera difuminarla en el mundo actual, la maldad sigue existiendo en el mundo. No es que se parezca de alguna manera a lo que las historietas o dibujos animados, las historias de superhéroes o cualquier otra obra de ciencia ficción pudiere plasmar alguna vez.

No, este es el mundo real. Y sus *villanos* son reales. Su maldad es desgarradora... Y, aunque no nos guste, hay gente malvada en el mundo.

Y esa mujer... Es una de ellos. Es malvada.

Una bocanada de humo más. Luego, Miguel se levantó, y continuó su camino, de vuelta a casa, *libre por fin de ese serpentino hechizo, que aquellos ojos lograron urdir en él con una excepcional maestría en sus pinceladas...*

Mientras tanto, al final de todas las cosas, la famosa red social, observadora silenciosa, protagonista y testigo mudo de la turbulenta anécdota que se había gestado, desarrollado y finalizado en aquella ciudad, continuaba funcionando como todos los días. Recogiendo, una a una, cada historia que, como ésta, se manifestaba en nuestro mundo.

Una historia que, con suerte, jamás continuará...

FIN.

Epílogo.

Han pasado ya tres meses desde que Sofía y sus ínfulas tocaron la vida de Miguel por última vez.

No volvió a tener contacto con ella, y es mejor así. Para todos. Pero, como suele suceder con todo acontecimiento traumático, su mente no deja de darle vueltas al mismo asunto, como si de un demente se tratase.

Además, la forma en que, compulsivamente, seguía publicando su vida en esa famosa red social, dejaba muchas cosas para pensar. Así lo conversaría con Mateo el otro día:

- Desde cierto punto de vista, sin tomar un lado u otro, su relación con Sofía es como el tabaco, uno sabe que le hace daño pero sigue tragando esa mierda, aunque ¡Ojo! Aquí no estoy especificando ni a Sofía ni a usted pero, tal vez, su comportamiento... ¿Sería lo que pasa cuando uno tiene abstinencia?
- No sabría decirlo, realmente... Pero... Podría ser.
- Sólo trato de razonar sus acciones, hombre... Tal vez ELLA se alimenta de atención, no se imagina cuanto la necesitan algunas personas y, cuando no le dan la atención que requieren, entran en estados... Por decirlo así... *depresivos*. Así que la única forma de calmarlos es, o bien que esa persona les devuelva la atención o que otra persona lo haga en su lugar. Incluso podrían ser ambas.
- Es verdad. Creo que Sofía podría ser el caso.
- Claro, dado que usted fue su peón y todo eso, sigue haciéndolo una víctima, más que simple daño colateral.
- Entonces, ¿Qué debería hacer para concluir esa locura?
- Pues lo único que podría decir es que, ni es su culpa ni la de John, pero ya que admitió sus equivocaciones con todo esto, sus amigos, la misma Sofía, lo único que queda es, ahora sí, perdonarse... A veces uno sufre más las equivocaciones pasadas que cuando las estaba sufriendo. También tiene que entender que perdonar no es excusar, se equivocó, pagó, sufrió, ahora siga, continúe, a veces todos juzgan, incluso uno mismo, pero cuando acaba todo pues, eso mismo, deje que acabe...
- Entonces ¿Debo entrar en paz con mi historia? ¿Eso es lo que sugiere?
- La ironía de todo es que, en la vida, uno va a volver a sufrir, uno va a volver a cometer errores y uno va a volver a lamentarse, así que hágase un favor y no acumule pesares pasados, porque si no, tendrá que lidiar con los nuevos y los viejos, y ni siquiera los más aptos, como dice usted, son del todo capaces de superar tanto al mismo tiempo. Lo que aprendió, agradézcalo, evítalo que en el futuro vuelva a suceder, y si aun así sucede, podrá manejarlo mejor, podrá *manejarse* mejor. La vida está tan llena de malos momentos, que hay gente que se sume enteramente en sus desgracias, otras, eternamente buscan el lado positivo, y otras, simplemente dejamos que las cosas pasen, gritamos, reímos, lloramos, nos quejamos y al final, *vivimos*... Cuando nos duele, gritamos, cuando nos gusta sonreímos, y cuando nos patean, *golpeamos*, la vida, al final, se trata de vivirla, de la misma manera que el más valiente es el que acepta que tiene miedo, el más feliz es el que acepta que esta triste. Reaccione cuando deba reaccionar, siga su curso, espere lo peor para que, cuando suceda, no le afecte, pero cuando suceda lo mejor siempre sea una sorpresa, hay que ser pesimista, para ser optimista... *Hay que abrazar la oscuridad para alcanzar la luz*...
- Eso es muy cierto, yo soy de los que ve la lección y, por tanto, el lado positivo a todo. Pero, no puedo evitar saber que todo lo que me pasó fue por una razón y, ahora, debo agradecerlo... Así que, creo que me pondré en paz con mi historia...
- Bueno, espero que le sirva...
- Lo cierto es que ahora ella anda con alguien...
- ¿Ah, sí? ¿Quién?

Es cierto. Sofía logró encontrar *otro incauto*. Iván, quien fuera otrora amigo de John, ha entablado una relación sentimental con ella. Parecen felices, por todo lo que publica ella en su página, en la famosa red social. También han sabido, por cuenta de muchos rumores, que se han ido a vivir juntos.

Pero, aunque eso no sea de su incumbencia en lo absoluto, Miguel desea que lo sean, y que duren mucho tiempo, juntos. Al fin y al cabo, *se merecen un poco de felicidad, por el simple hecho de ser humanos*.

Por lo pronto, a él le interesa finiquitar todo asunto pendiente que surgió como producto de tan controversial vivencia.

Leyó la carta de Paula, y quedó con los ojos abiertos a más no poder.

Con algo de temblor en sus piernas, producto de una percepción errónea, en una cafetería que no visitaba desde hacía mucho tiempo, soportó con ahínco todos los *regaños* que Katherin, luego de tanto tiempo, le diere para hacer las paces con él... Y luego, recibió un maravilloso abrazo que pone su sello en una amistad que durará mucho tiempo.

En silencio, cerca de su casa, recibió un abrazo cordial de un Alma dolida por una verdad a medias, y completamente tergiversada adrede. No había necesidad de decir mucho. La información que ambos tenían de ese todo era suficiente para comprenderse.

Algunos más fueron sólo cuestión de tiempo. Otros, como Helena, *jamás volverán*.

Así, uno a uno, amarró los *cabos sueltos*.
Y sólo queda uno.

... *Ella...*



Gabriela es una gran artista urbana, una mujer sensible que ha sabido encontrar una forma... *particular*... de ver el mundo. De esa manera, al conocerse, ella y *el Migue* supieron entenderse muy bien. Es de esa manera como se pudo forjar entre ambos una amistad hermosa, llena de noches de conversaciones, caminatas y bohemias, bajo la eterna premisa del respeto y la *lealtad*.

Y todo iba muy bien, pintaba para ser una relación fraternal duradera, como pocas, hasta que él lo echó a perder por cuenta de una estupidez.

... Y, en aquella noche, cuando Sofía le terminara por segunda vez, ella se quedó con la dolida ex-amiga, para darle a la vida de aquel turbado hombre unas dosis más de veneno, por intermedio de la mujer que él apreciaba en tan elevada medida.

Sin embargo, el tiempo había pasado. Ahora, cuatro meses después de aquella turbia noche en ese bar, que ninguno de los dos volviere a visitar, un nuevo sitio de bohemias, abierto por un amigo de ambos, presencié un fenómeno que *el Migue* no pensó, ni en sus sueños más dementes, que se volvería a repetir.

Como es costumbre, cuando suena en el aire una canción que a él le cause especial gusto o placer, tiende a cantarla. Y aquella noche estuvo especialmente plagada de ese tipo de melodías, al igual que los tuvo a ambos, cada uno en su mesa, uno lejos del otro.

El Migue y Gaby.

Mientras cantaba al compás de cierta canción, notó algo particular en el sonido, y se llenó de alegría al entender su motivo. Mientras él cantaba en primera voz... *Ella hacía la segunda.*

No le dio tanta importancia, hasta que la siguiente canción presencié el efecto opuesto: Ella cantaba... *Y él le hacía segunda voz.*

... *Como antes... Hace mucho tiempo...*

Fue inconsciente, al menos de parte de él. Simplemente, no notó la sinergia que había regresado a ambos, hasta que se dio cuenta del fenómeno.

Pronto, él debió irse de aquel lugar. Tan particular evento quedó en su mente, poniendo una sincera sonrisa en su rostro. Había muchas preguntas, pero Miguel no iba a buscar respuestas... Al menos, *aún no*.

Luego, por medio de la famosa red social, el amigo que ambos tenían en común le dijo algo que él llegó a considerar impensable en ese tiempo. Ni en sus más grandiosas fantasías hubiera imaginado semejante cosa, máxime pensando que Gabriela, radical tanto en sus pensamientos como en sus elecciones, no cedería en su distanciamiento.

“Compadre, le cuento que, si se hubiera quedado cinco minutos más, *Gaby* le hubiera hablado”.

Esa frase lo llenó de asombro. No lo podía creer.

Una siguiente ida a aquel sitio, sin embargo, fue episodio de algo que lo haría sorprenderse aún más. En cierto momento, el amigo en común le llamó, mientras estaba sentado en su mesa, mirando a la calle y, por medio de la misma, al vacío absoluto. “Miguel, si quiere venga y se sienta con Gabriela”.

...

Ahora, en la cama de su habitación, que presencié tantas lágrimas por tantas razones, había un *Miguel* alegre. Decidido, como ninguno, a dos cosas en específico, no encontraría oposición alguna en la empresa que, ahora, frente a sí, le esperaba, en la forma de lápiz... Y un libro en blanco...

Le había quedado claro que la vida, como los *dioses*, querían darle una oportunidad. Algo bueno había hecho en estos últimos tiempos en su vida y, ahora, quería aprovechar el momento.

Quería hacer las paces... Con su mejor amiga en todo el mundo... Y *consigo mismo*...

Así, tomó el lápiz. Abrió el libro en la primera página y, como nunca ha sido, ni será, usual en sus escritos, *comenzó por el título*. Luego, comenzó a escribir, sin parar más que para fumar. Su misión era clara.

*Todos deben conocer lo que pasó aquí. El mundo entero sabrá que **Sofía existe**, y que anda por ahí.
Observando.
Esperando.*

Y, respecto a *Gaby*, irá de nuevo al bar de su amigo, donde la vio por última vez hace sólo unos días, con esperanza en sus ojos, volviendo a creer en ese **“Todo va a salir bien”**, que ha sido su lema durante tantos y tantos años. Y, ahora, todo se está enderezando.

La última vez, ella lo llamó a la mesa...

... Tal vez, ahora... conteste la llamada.